



# la mano de fuego

clark carrados





# SS

## SERVICIO SECRETO







**BOLSILIBROS  
BRUGUERA**

**SORTEO DEL  
MILLON**

Vea en las últimas páginas  
las Instrucciones y bases para  
participar en el sorteo de UN  
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-  
fiere,

**UN MILLON DE PESETAS**





**YA ESTA A LA VENTA**  
**LA NUEVA SERIE**

**SELECCION**

**TERROR**

Creada para aquellos  
lectores que poseen nervios de  
acero y no temen traspasar las fron-  
teras de lo irreal y adentrarse en  
un mundo desconocido, aterrador  
como una pesadilla, apasionan-  
te como la más increíble de las  
aventuras.





CLARK CARRADOS

## LA MANO DE FUEGO

Colección  
SERVICIO SECRETO n.º 1.202  
Publicación semanal  
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO





**Depósito legal: B. 24.148 - 1973**  
**ISBN 84-02-02513-7**

**Impreso en España - Printed in Spain**  
**1.ª edición: agosto, 1973**

**© CLARK CARRADOS - 1973**  
**texto**

**© JORGE SAMPERE - 1973**  
**cubierta**

**Concedidos derechos exclusivos a favor de**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
**Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.**  
**Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973**





**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**





**OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección BISONTE SERIE ROJA:**

**1.329 - Dura lección a un pistolero.**

**En Colección SERVICIO SECRETO:**

**1.196 - La nueva ola de Scotland Yard.**

**En Colección BUFALO SERIE ROJA:**

**1.028 - Imperio de humo.**

**En Colección CALIFORNIA:**

**812 - Abogado de revólver.**

**En Colección KANSAS:**

**717 - Tumba para un hombre malo.**

**En Colección BRAVO OESTE:**

**526 - Clave para el asesino.**

**En Colección SALVAJE TEXAS:**

**818 - El fin de la cuenta.**

**En Colección ASES DEL OESTE:**

**635 - Las siete chicas de oro.**

**En Colección BISONTE SERIE AZUL:**

**138 - Contratados para morir.**

**En Colección BUFALO SERIE AZUL:**

**66 - Destinos ardientes.**

**En Colección PUNTO ROJO:**

**588 - Oro, agua, sangre y fuego.**



## CAPÍTULO PRIMERO

Atardecía ya cuando el viajero, un tanto indeciso, detuvo su coche junto a un poste indicador de caminos.

### A HIGHWATCH TOWER 2 MILLAS

—Bueno, por fin parece que he dado con la ruta precisa —se dijo el viajero para sí, muy satisfecho de haber hallado la orientación adecuada para llegar a su destino.

Silbando alegremente, el viajero embragó, pisó el acelerador y continuó por el caminejo señalado por el poste y que se adentraba en un espeso bosque. El ambiente era terriblemente sombrío, pero al viajero no le importaba en absoluto.

Realmente, ni siquiera se fijaba más que en los inmediatos detalles de su ruta, que debían servirle para una mejor conducción de su automóvil. El otro camino quedaba a su izquierda, pero, según los mapas, era un camino que no llevaba a ninguna parte.

El viajero estaba contento. Iba a recibir una buena noticia, de la que ya le había sido anticipado algo en Londres. A decir verdad, lo que iba a recibir en Highwatch Tower era la confirmación de la noticia que ya conocía.

La oscuridad se acentuaba por momentos. Delante de sí, el viajero vio de pronto una zona neblinosa. En tales lugares y dada la hora, no era de extrañar.

Continuó silbando. De repente, cuando habría cubierto poco más de dos tercios de recorrido que le faltaba para llegar a su destino, las ruedas delanteras del coche hicieron «chap».

Un segundo más tarde, las traseras hicieron lo mismo. El viajero percibió claramente el súbito descenso de nivel de su vehículo.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? ¿En dónde mil rayos me he metido yo? —exclamó, sin poder contenerse.

Una oleada de mefítico olor hirió su pituitaria. En torno a él, se escuchaban ciertos gorgoteos de nada agradable sonido.

El viajero pisó a fondo el acelerador. Las ruedas motrices giraron ensordecedoramente, pero el coche no sólo no avanzó un palmo más, sino que siguió hundiéndose.

El pánico empezó a infiltrarse en la mente del viajero. Hasta entonces no había necesitado los faros, pero comprendió que ya no podía pasarse más tiempo sin sus luces.

Los faros, más las luces antiniebla, barrieron la penumbra que había ante el coche. El viajero, con los pelos de punta, encontró que no había más camino.

Y el automóvil seguía hundiéndose.

Bruscamente, el motor se paró.

Ya había entrado agua por el tubo de escape. Demasiado tarde comprendió el viajero que estaba en el pantano.

A pesar de todo, procuró mantener un mínimo de serenidad. Sacó una linterna portátil de la guantera y trató de abrir la portezuela de su lado, cosa que consiguió tras algunos esfuerzos.

Retorciéndose sobre sí mismo, logró subirse al techo del vehículo. Caminó hacia la parte trasera y alumbró el suelo con la linterna.

Bien, era cuestión de dar un buen salto y alcanzar tierra firme. Después se las entendería con el maldito bromista que había dado la vuelta al poste indicador.

Inspiró con fuerza. Saltó.

En el primer golpe, se hundió hasta las rodillas en aquel cieno herboso y maloliente. Maldijo y gritó y forcejeó para librarse del pantano.

El suelo, bajo sus pies, carecía de firmeza. Manoteó desesperadamente, pero todo era inútil se hundía en la ciénaga.

Dejó la linterna a un lado para alumbrarse mejor y alargó las manos para agarrarse a unas matas que hacía a poca distancia. Tiró, pero las ramas saltaron fácilmente.

Ya estaba hundido hasta el pecho. Volvió a gritar:

—¡Socorro!

Un chotacabras emitió no lejos de él su graznido burlón. En alguna rama cercana, un búho ululó sarcásticamente.

Segundos después, la linterna alumbraba solamente unas

burbujas que explotaban sordamente en la superficie. La linterna continuó encendida hasta la extinción de sus pilas.

—No quisiera confesarlo, querida amiga, pero me siento contentísima, a la vez que devorada por la curiosidad. Tengo tantas ganas de ver a nuestro común amigo Jay Sgrudder...

—Yo también ardo en deseos de verle. Aunque soy joven, hace muchos años que le conocí y, francamente, no creí que el buen Jay Sgrudder llegara un día a acordarse de mí. Perdón, de nosotras.

—Yo siempre lo dije: Jay tiene un corazón de oro, y no es porque esté forrado de dinero, sino porque es así de bueno. Claro que tiene sus defectos, como todo ser humano; a veces era un poco brusco... Usted también lo veía así, ¿no es cierto?

—Tal como lo ha dicho usted, amiga mía. Ha hecho una descripción perfecta del buen Sgrudder, salvo que sería preciso añadir que era generoso como pocos. O, mejor dicho, pocos había tan generosos como él.

—¡Y tan viril!

—Arrolladoramente viril, querida mía.

Las dos mujeres suspiraron al mismo tiempo. Ambas rondaban los cuarenta años, aunque todavía ofrecían un aspecto muy vistoso, si bien era fácil apreciar su constante lucha contra las grasas, por medio de la dietética y la ortopedia.

Beryl Ryder era morena, de profundos ojos negros.

Solía decir que llevaba sangre española en sus venas. Era solo un medio de aumentar el posible interés de su auditorio, que siempre procuraba se redujese a un solo hombre y, preferentemente, con dinero, con mucho dinero.

Daisy Tilton era la antítesis de su ocasional compañera de viaje: estrepitosamente rubia y de ojos muy azules. Sin embargo, sus gustos por los hombres eran análogos a los de Beryl.

—No sé si sabré reconocerle ya —dijo Daisy—. No es que hayan pasado tantos años, claro, pero el aspecto de los hombres cambia con más facilidad que el de las mujeres. Espero que él me reconozca al primer vistazo.

—No debe preocuparse, querida amiga; el buen Jay tiene una memoria de elefante. Por supuesto, confío en que su gratitud tenga las mismas dimensiones que su memoria —manifestó Beryl.

Daisy soltó una risita.

—Los años habrán podido vencer tal vez a Jay en lo físico, pero no en sus sentimientos. Será tan generoso como de costumbre —aseguró.

—Pero lo que encuentro tan raro es que se haya ido a vivir a ese sitio llamado Highwatch Tower. ¿Por qué un hombre de sus condiciones, se iba a aislar del mundo...?

—También tenía sus rarezas, querida mía, no vaya usted a creer. Y es posible que haya elegido esa residencia como una especie de retiro para crear alguno de sus nuevos inventos.

—Es posible, en efecto. Pero, de todas formas, yo, en lugar de Jay, no me sentiría tan tranquila. En Londres me contaron algo sobre una horrible leyenda de una mano de fuego o algo por el estilo. ¿No ha oído usted nada al respecto?

—No, aunque no me extrañaría en absoluto. Esas residencias rurales, medio castillos, medio palacios, y más en un lugar tan intrincado de esta parte de Escocia, son siempre propensas a las leyendas.

—La leyenda existe, señoras —intervino de pronto el conductor del vehículo en que viajaban las dos mujeres.

—¿Cómo? —exclamó Beryl.

—¿Está usted seguro? —preguntó Daisy.

—De la leyenda, sí, señoras. Ahora bien, que la Mano de Fuego se aparezca de cuando en cuando por los alrededores de Highwatch Tower, eso es algo que no podría garantizarles a ustedes.

—Pero usted no la ha visto nunca —dijo Beryl.

—¡Dios me libre! Si la hubiese visto, no estaría aquí —respondió el conductor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Daisy.

—Sencillamente, todo aquel que ve la Mano de Fuego, aparece muerto al día siguiente. Puesto que yo estoy vivo, es obvio que no la he visto.

De pronto, el conductor redujo la marcha del vehículo. Delante de él, a unos cincuenta o sesenta pasos de distancia, un individuo tenía la mano levantada, en señal de detención.

El taxista había recogido a las dos mujeres en la estación del ferrocarril. Beryl y Daisy se habían conocido accidentalmente durante el viaje desde Londres. En aquel vehículo pensaban cumplir la última etapa de su viaje.

Sin embargo se equivocaban. Parado junto al poste indicador de caminos, había otro automóvil.

—Las señoras se dirigen sin duda a Highwatch Tower —dijo el individuo que había hecho señas para que se detuviera el taxi.

—Así es, amigo mío —contestó Beryl—. ¿Quién es usted?

El sujeto era alto, fornido, de tez extrañamente brillante, como de bronce. Daisy, menos frívola de lo que indicaba su apariencia, observó que hablaba con gran lentitud, deletreando casi las palabras, y que su voz era grave, profunda, pero, al mismo tiempo, con extrañas tonalidades metálicas.

Sus ropajes, por otra parte, eran impecables: gorra de plato, guerrera cerrada, con botones oscuros, pantalones muy ajustados, botas negras y guantes del mismo color.

—Kenny, señora —contestó el individuo—. He sido enviado por el señor Sgrudder para recibirlas a ustedes. Taxista, lleve el equipaje de las señoras a mi coche y dígame qué se le debe, para abonárselo inmediatamente.

—Sí, sí..., señor —contestó el taxista, apeándose de inmediato, muy impresionado por el aspecto de Kenny.

El traslado de las maletas se efectuó en pocos minutos. Beryl y Daisy ocuparon el asiento posterior de una lujosa limousine. La tapicería del interior del vehículo tenía un agradable e inconfundible olor a cuero natural.

En el momento que arrancaba el coche, Beryl se fijó en el poste indicador de caminos. Había dos flechas, una de ellas la que señalaba la ruta a Highwatch Tower. La otra decía:

## CAMINO CORTADO CIÉNAGA

—¿Hay algún pantano en las inmediaciones, Kenny? —preguntó Beryl.

—Sí, señora, a cosa de milla y cuarto, aproximadamente. Es muy peligroso ir por allí; una persona podría hundirse en la ciénaga y morir sin que nadie lo advirtiese.

—Horrible —comentó Beryl.

—Amigo mío —dijo Daisy de pronto—, me he fijado en un detalle y, bueno, no quisiera molestarle ni ofenderle, pero sí me agradaría la aclaración a mis dudas, caso de que usted lo estime

posible, Kenny.

—Estoy por completo a la disposición de la señora. Mi dueño, el señor Sgrudder, me ha ordenado ponerme a las órdenes de las señoras para cuánto deseen de mí.

—¿Ha dicho su dueño, Kenny? —exclamó Beryl, estupefacta.

—En efecto, señora.

—En estos tiempos... ¡Increíble! ¿No le parece a usted Daisy?

—Sí, es asombroso, aunque de nuestro buen amigo Jay se puede esperar cualquier cosa —respondió la aludida—. Pero lo que yo quería saber es si Kenny tiene alguna dificultad en la garganta. ¡Cómo habla tan despacio!

—Las dificultades que las señoras notan en mis respuestas se deben a mi garganta artificial —dijo Kenny.

—Ah, le operaron...

—No, señora, mi garganta es artificial, porque me la construyó mi señor, como el resto de mi cuerpo.

Daisy estuvo a punto de desmayarse en su asiento al comprender la verdad.

—¡Un robot! —exclamó.

—Justamente, señora —corroboró Kenny.

## CAPÍTULO II

Con aire desenvuelto, Dirk Pecknill saltó de su coche, y se acercó al gran portón de madera, que cerraba el acceso al sombrío edificio ante el que se había detenido. Vio un llamador de hierro, en forma de mano, de enormes dimensiones, y lo agitó dos o tres veces.

Los golpes retumbaron con profundos ecos en el interior del edificio. Mientras esperaba a que abriesen la puerta, Pecknill se volvió un poco para contemplar el panorama circundante.

El bosque era muy espeso en las inmediaciones de Highwatch Tower. Abundaban, sobre todo, las hayas, aunque no faltaban tampoco los robles y las encinas. Algunos alerces, con sus hojas casi rojas en el dorado otoño, ponían un punto de color en el gris-verdoso casi unánime del paisaje.

En cuanto al edificio, era muy grande, de piedras labradas con escasa regularidad. Constaba de planta baja y piso y, hacia el Norte, tenía adosado un torreón redondo de casi veinte metros de altura, por seis o siete de diámetro, con algunas aspilleras en su pared, mucho más antigua que las del resto del caserón.

Había evidente signos de ruina en la torre, en la que faltaban o estaban incompletas algunas almenas. En la parte inferior, a ras de suelo, se veía una pequeña puerta, cerrada con un único batiente de sólidos tablones claveteados, evidentemente más modernos que la torre.

Pecknill no pudo seguir mirando. La puerta se abrió de pronto y oyó una voz de lentas y graves modulaciones:

—¿Señor?

—Deseo hablar con el señor Sgrudder —manifestó el recién llegado—. Tenga la bondad de pasarle mi tarjeta.

—Ah, el señor viene por lo de la herencia. Bienvenido, señor —contestó el criado.

—Se equivoca, amigo; yo no...

—Por aquí, señor, tenga la bondad. El señor Sgrudder no está en casa en estos momentos, pero tengo órdenes suyas de recibir adecuadamente y dar la oportuna hospitalidad a cuántos hayan recibido su invitación. Ah, por cierto, me llamo Jerkins, señor.

—Jerkins, temo que usted está sufriendo una equivocación —dijo el recién llegado con firme acento—. Yo no he venido a recibir ninguna herencia, aunque debo confesar que no me vendría mal —añadió con una sonrisa—. Pero los motivos de mi visita son muy otros...

—Dispense el señor. Cualesquiera que sean los motivos de su venida a Highwatch Tower, tengo órdenes del señor Sgrudder de alojarle convenientemente. Si me da la llave de su coche, ordenaré a uno de los criados que lo guarde en el garaje de la parte posterior de la casa, y haré que suban el equipaje a su habitación.

—Bueno, sí, en principio no hay inconveniente, pero...

Pecknill se fijó de pronto en el rostro extrañamente brillante del individuo. Hacía ya rato que venía intrigándole su forma tan peculiar de hablar, casi mecánica, hubiera jurado.

—Jerkins, dispense la pregunta y no se ofenda. —Le añadió, tras unos segundos de vacilación—. Lo que quiero preguntarle es...

—Adivino los pensamientos del señor —dijo el impassible Jerkins—. Sí, en efecto, soy un robot. Por aquí, señor, tenga la bondad de seguirme.

Las dos mujeres parloteaban como cotorras en la selva brasileña, aunque estaban en una cálida y confortable biblioteca, en la que había más muebles que estantes con libros. En el centro de uno de los muros, había una espaciosa chimenea, en cuyo hogar ardían alegremente unos cuantos leños.

La puerta se abrió de pronto y un hombre alto, fornido y de unos treinta años, apareció en el umbral.

—¡Cielos, qué visión! —exclamó Beryl.

—No he bebido ni estoy dormida, luego estoy loca, porque estos tipos no existen así, al natural —añadió.

—Perdonen —sonrió Pecknill—, quizá les he interrumpido...

—Oh, no, no, nada de eso. Entre, entre, amigo mío —exclamó Beryl casi con ansia—. Es decir, si no tiene nada que hacer en estos momentos.

—Pues, no, no tengo nada que hacer —sonrió Pecknill—. Simplemente, trataba de conocer la casa, aunque nunca supuse que viviesen en ella dos damas tan encantadoras.

—Cómo le agradecemos el elogio —dijo Daisy—. Pero no vivimos aquí; simplemente, somos huéspedes del señor Sgrudder. Como usted, me imagino.

—En efecto. Pero, por favor, permíteme, aún no me he presentado. Dirk Pecknill, de Londres —dijo el joven.

—Yo soy Beryl Ryder. Ésta es Daisy Tilton. Ambas huéspedes de Highwatch Tower y, como usted, aspirantes a un pellizco en la herencia del bueno de Jay Sgrudder.

—Herencia que él nos va a entregar mientras, afortunadamente, está aún con vida —añadió Daisy.

—Bueno —dijo Pecknill—, temo que aquí ha habido una confusión. Y no he venido a esta casa para recibir una herencia, sino para...

—Oh, y ¿qué importancia tiene eso ahora? —exclamó Daisy volublemente—. Mire, allí veo una garrafita de algo que me huele es un Oporto excelente. ¿Quiere tomar una copita con nosotras, señor Pecknill?

—Encantado, señora Tilton.

—Señorita, por favor —corrigió la aludida sin dejar de hacer dengues y mohines—. Pero si me llama Daisy, no me asustaré por ello, créame.

—Será un placer, Daisy.

—A mí también puede llamarme por mi nombre, Beryl —dijo la otra, mientras la rubia se apartaba hacia la mesita donde estaban los licores. De pronto bajó la voz—: Se comprende que Sgrudder le deje algún dinero a esa mujer. Fue su... entretenida durante algunos años.

—Oh —dijo Pecknill, muy serio.

—Vengan —llamó Daisy—, las copas ya están llenas.

Pecknill se acercó a la mesita. Beryl quedó unos instantes en el mismo sitio, retocándose el maquillaje con ayuda de un espejito de bolsillo.

—Esa mujer fue la amante de Sgrudder hace diez años —cuchicheó Daisy—. Por eso le va a dar dinero.

—Oh —sonrió Pecknill.

Daisy repartió las copas. Luego levantó la suya.

—Por el magnífico Jay. —Brindó.

—Y para que la Mano de Fuego se esté quietecita en su escondite y no nos moleste durante nuestra estancia en la casa —añadió Beryl.

—¿Qué es eso de la Mano de Fuego? —preguntó Pecknill, extrañado.

—¡Cómo! Pero ¿es que no conoce la leyenda? —se asombró Daisy.

—Pues, no, a decir verdad, no...

La puerta se abrió en aquel momento. Jerkins, impecablemente uniformado, con las manos enfundadas en guantes blancos, anunció:

—Señoras, señor, la cena está servida.

—¿No es maravilloso ser servida por un robot...? —dijo Daisy soltando una risita.

—Estamos en mil novecientos setenta y tres y me parece como si viviéramos en pleno siglo veintiuno —suspiró Beryl—. Qué lástima no haberme traído un traje adecuado a las circunstancias, de estilo futurista.

—En el siglo veintiuno, las mujeres no tendrán tan buen gusto para vestir como ustedes dos —dijo Pecknill galantemente.

Daisy y Beryl se echaron a reír al mismo tiempo. Y ambas, por separado, tenían la misma intención: conquistar a aquel joven tan cortés y amable y, ¡ay!, tan guapo y apuesto.

Para sorpresa del trío, había otras tres personas más en el comedor: dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres era alta, muy rubia, de rostro hierático y un cuerpo majestuoso. Pecknill calculó su edad en unos veintitrés o veinticuatro años y, en el acto, pensó que aquella hermosa mujer era de carácter frío y distante.

Se llamaba Nellie Goddess y contestó a los saludos de los recién llegados con una imperceptible inclinación de cabeza. El hombre contaba casi cincuenta años, tenía el rostro muy arrugado y apenas si conservaba una docena de pelos en la cabeza. Su nombre era James Brobb, aunque no dijo a qué se dedicaba.

La segunda de las mujeres se presentó por sí misma, haciendo innecesarios los buenos oficios de Jerkins.

—Thia Orcuphar, vidente —dijo con voz solemne.

—¿Adivinadora? —preguntó Daisy.

—Exactamente.

—¿Adivina lo que vamos a tener para cenar? —preguntó Beryl con una risita.

Pecknill se tapó la boca con una mano, a fin de ocultar una sonrisa. Thia se encogió de hombros.

—Siempre oigo muchas insensateces. Una más, no me afecta en absoluto —contestó despectivamente—. ¿A qué se dedica usted, señor Pecknill? —Quiso saber.

El joven sonrió.

—Por el momento, a contemplarla a usted, señora Orcuphar —contestó con galantería.

Thia se esponjó. Había cumplido de sobra los cuarenta años y salvaba su apariencia, gracias a un espeso maquillaje, pero el cumplido de Pecknill no podía por menos de impresionarla muy favorablemente. Al joven le pareció un ave rapaz: delgada, de dedos largos, uñas puntiagudas y nariz ganchuda, tenía un aspecto que no predisponía demasiado en su favor.

«Al menos, a primera vista. Luego puede que resulte un pedazo de pan», pensó.

Kenny y otro criado mecánico empezaron a servir la cena. Daisy y Beryl estaban que no cabían en sí de contento.

—Maravilloso —dijo la primera.

—Sublime.

—Con otra decoración, creeríamos hallarnos en un planeta distinto.

—A mí me revientan estos robots —bufó Brobb, en tanto sorbía ruidosamente la sopa.

—¿Por qué? —exclamó Thia—. No le han hecho ningún daño, que yo sepa.

—Yo sé lo que me digo —refunfuñó el individuo.

—Y a usted, señorita Goddess, ¿qué le parecen estos sirvientes-máquinas? —preguntó Beryl.

Nellie dirigió a la mujer una mirada glacial.

—Bien. —Fue todo lo que dijo.

—Una esfinge. —Calificó Beryl, inclinándose hacia su compañera.

—No lo creas: todo es pura «posse» —replicó Daisy en el mismo

tono.

—En cuanto a mí, me traiga la cena quien me la traiga, lo mismo me da —exclamó Thia—. El caso es comer y, por lo que puedo juzgar, aquí se come bien.

—Donde hay dinero... —dijo Brobb con sorna.

—Donde hay dinero, puede haber mucha comida, pero si no hay un buen cocinero, sólo llenará los platos, no halagará nuestro sentido del gusto —dijo Thia sentenciosamente.

—¿Será un robot también el cocinero? —dijo Daisy.

—Pregúntaselo a Jerkins, mujer —indicó Beryl.

—En efecto, señora; Thorples, nuestro cocinero, fue también construido por el señor Sgrudder —declaró el mayordomo respetuosamente.

—¡Qué es lo que no habrá construido nuestro buen Jay! —rió Daisy.

—Mujer, la casa donde se fabrican los billetes de Banco —exclamó la otra.

—Los hacen para él, querida mía. ¿No es cierto, señorita Goddes?

Nellie encogió levemente los hombros. Entre dientes, Daisy masculló:

—Mujer de hielo. A ti te haría falta que te aplicasen la Mano de Fuego, para entrar en calor.

—Por cierto —exclamó Brobb—, ¿qué me dicen ustedes sobre la leyenda de la Mano de Fuego? ¿Saben algo al respecto?

—El que la ve, muere —decretó Beryl.

—De miedo, claro —exclamó Thia, riendo.

—Eso no es cosa que se pueda tomar a broma. —Le gruñó Brobb—. A mí, las leyendas sobre fantasmas, me dan siempre mucho respeto.

—Bueno, pero ¿de dónde demonios salió esa leyenda? —exclamó Beryl—. Yo he oído hablar mucho de la famosa Mano de Fuego, pero, hasta ahora, nadie ha sabido darme una explicación completa del origen de la leyenda, si se basa en algo cierto y si todavía sigue... digamos «funcionando».

—Quizá el buen Jerkins sepa algo al respecto —apuntó Daisy.

El mayordomo se inclinó respetuosamente.

—Con el permiso de la señorita, el señor Sgrudder no grabó en

nuestros circuitos de memoria nada que se refiriese a la leyenda mencionada —manifestó.

—Bien, pero ¿dónde está Sgrudder? Me siento impaciente por verle y hablar con él —declaró Thia.

—El señor Sgrudder nos impartió solamente las instrucciones necesarias para recibirles a ustedes y atenderles debidamente, pero, como es habitual en él, no mencionó ni los motivos de su ausencia, ni el lugar al que se había dirigido ni la fecha de su regreso, aunque presumo debe de estar próxima —contestó Jerkins con acento lleno de solemnidad.

## CAPÍTULO III

El silencio era absoluto en Highwatch Tower. Pisando de puntillas, Pecknill se acercó a la puerta de su dormitorio y la abrió.

El largo pasillo del piso superior estaba desierto y sumido en la penumbra. Había sólo una lámpara de pequeña potencia y las sombras se alargaban por todas partes.

El joven se había puesto un *pullover* oscuro y pantalones negros. Como calado, usaba unos simples mocasines.

Salió de su habitación y caminó de puntillas a lo largo del corredor. De pronto, al pasar junto a una puerta, oyó unas voces extrañas.

Pecknill se detuvo en el acto. Escuchó un poco, pero no consiguió entender lo que se decía al otro lado de la madera.

Tentado irresistiblemente por la curiosidad, asió el pomo y lo hizo girar con gran lentitud. Abrió una rendija de un par de centímetros y miró a través de la misma.

La estancia se hallaba sumida en la oscuridad, salvo una lámpara que había encima de una mesa. Pecknill vio con sorpresa que se trataba de una esfera de vidrio.

Había dos personas sentadas a ambos lados de la mesa. Una de ellas era Thia Orcuphar, vestida con una larga túnica de color azul, con lentejuelas de plata, y tocada con una especie de bonete plano, del que pendía un velo que cubría por completo sus facciones.

Frente a ella estaba Brobb, el gruñón.

Los ojos de Brobb parecían morbosamente fijos en la bola luminosa. Ninguno de los dos se dio cuenta de que estaban siendo espiados.

Thia había acentuado aún más su maquillaje y tenía los enormes círculos azulados en torno a los ojos. Respecto a las mejillas, parecía como si quisiera haberse disfrazado de payaso.

Pecknill se vio obligado a contener la risa. Brobb parecía

completamente fascinado por el resplandor de la bola, sobre la que daba Thia lentos pases con sus manos.

—Veo un porvenir áureo en tu vida... Cascadas de oro lloverán sobre ti y la diosa Fortuna derramará sobre ti todos los dones de su cuerno de la abundancia.

Pecknill no quiso seguir escuchando. Con lo que había oído, tenía bastante para juzgar la situación.

«El hecho de que haya venido aquí a recibir una suma importante, no le impide ganarse unas cuantas libras», pensó.

Era una mujer precavida. O quizá demasiado codiciosa.

Alcanzó la escalera. El vestíbulo estaba completamente a oscuras. Pero ya se había prevenido contra una eventualidad semejante.

En el bolsillo llevaba una diminuta linterna, con cuyo resplandor se alumbró en el descenso. Bajó peldaño a peldaño y se dirigió hacia las habitaciones de la servidumbre.

Sólo quería comprobar una cosa. Personalmente, no creía que Jerkins y compañía fuesen robots.

—Siempre oí decir que Sgrudder poseía un acusado sentido del humor —murmuró para sí.

La cocina y un cuarto inmediato, destinado a despensa y almacén de útiles de cocina, estaban desiertos.

Había un pequeño corredor al final del cual se veía una puerta, que daba a la parte trasera del edificio. En el lado opuesto había otra puerta.

Pecknill caminó hacia aquella habitación, en una casi completa oscuridad, rota en un diminuto sector por el estrecho haz de luz de su linterna. Detrás de él, quedaban las tinieblas.

Abrió la puerta poco a poco. Con la linterna alumbró el espacio que tenía frente a sí, moviéndola lentamente en sentido circular.

Creyó soñar. El espectáculo era increíble.

Los cuatro hombres que tenía frente a sí... los cables conectados al centro de cada espalda por un extremo y por el otro a una toma de corriente fija en el muro.

Ni Jerkins ni los otros tres se movían en absoluto. Eran estatuas en reposo total.

—Recargan baterías. —Adivinó en el acto.

Un robot necesitaba energía, que sólo le podía proporcionar la

electricidad almacenada en sus acumuladores. Pero el consumo de electricidad debía ser repuesto durante la noche, cuando ya no necesitaban trabajar para atender a los huéspedes.

—Si Sgrudder vendiese las patentes de estos robots, se haría inmensamente rico. Pero ¿para qué quiere más dinero, si es archimillonario? —se dijo.

Retirándose en silencio, cerró la puerta. Casi en el mismo instante, oyó una respiración humana a sus espaldas.

Una mano le tapó la boca. Era fina y perfumada.

—No grite —susurró la mujer.

Pecknill se volvió. En la absoluta oscuridad del corredor, le resultaba imposible adivinar la identidad de aquella mujer.

—No gritaré —prometió.

—Lamento haberle asustado, señor Pecknill...

—Sólo ligeramente sobresaltado —puntualizó él—. Pero ¿quién es usted?

—No importa, eso no debe preocuparle.

La desconocida intentó retirarse, pero Pecknill fue más rápido y la agarró por ambos brazos. Luego la atrajo bruscamente hacia sí y la besó con fuerza en la boca.

Ella, sorprendida, cedió en los primeros instantes. Durante unos segundos, Pecknill sintió junto a su pecho el cálido palpar de un seno de firmes contornos. Luego, por fin, la mujer, consiguió separarse.

—Me gustaría ver, para pegarle una buena bofetada —dijo.

—Encenderé la linterna —sonrió él.

Pero apenas lo había hecho, la mujer se la tiró al suelo de un manotazo. Luego, sin hacer el menor ruido, escapó.

Pecknill no se sintió enojado por la huida de la mujer. Solamente le intrigaba la identidad, ya que no había podido ver su rostro y ella, en todo momento, había hablado con la voz deliberadamente desfigurada.

Recogió la linterna que, afortunadamente, no se había roto. De pronto, el haz de luz de la lamparita iluminó algo blanco caído en el suelo.

Pecknill se agachó, recogió el pañuelito y se lo acercó a la nariz.

—Huele maravillosamente —musitó, complacido.

Regresó a su dormitorio. Había silencio en el de Thia Orcuphar.

—Ya terminó la consulta la adivina —sonrió.

Entró en la habitación. Apenas lo había hecho, alguien se le arrojó encima con furioso ímpetu.

Unos brazos carnosos, fuertemente perfumados, se enroscaron en torno a su cuello, mientras una boca buscaba ávidamente la suya.

—Cariño, ¿dónde has estado hasta ahora? —susurró la mujer.

Enormemente sorprendido, Pecknill procuró zafarse del acoso de la vehemente mujer. Ella, sin soltarle, trataba de besarle, a la vez que le prodigaba frases de ardiente pasión.

—Por favor, señora...

—Señorita... Es lo mismo, ahora soy una mujer...

Pecknill trató de adivinar su identidad al tacto. Ella llevaba muy poca ropa sobre su cuerpo opulento.

—Espere, encenderé la luz...

—Los amantes no necesitan luz para amarse —dijo ella—. Ven, querido mío, ven...

—Un momento, señora. Antes quiero saber...

—No, no preguntes. ¿Qué más da? ¿Qué importa quién pueda ser yo? La noche es nuestra, es de nuestro amor, querido mío.

—Mi madre —exclamó Pecknill, sin poder contenerse ya.

De súbito, se oyó un terrible grito fuera del dormitorio.

—¡Ahí, está ahí!

La mujer escapó a la carrera, como si se hubiese sentido aterrada súbitamente por aquel grito. Pecknill se quedó solo, perplejo y desconcertado, pero también furioso por el insólito acoso de que había sido objeto.

La mujer volvió a gritar:

—¡Por allí va! ¡Es la Mano de Fuego!

Pecknill corrió hacia la ventana. Miró a través de los vidrios y divisó una cosa rojiza que se movía lentamente por el exterior de la casa.

Sí, era una mano, podía distinguirse fácilmente, a pesar de la distancia. Pero desapareció casi en el acto y la oscuridad se hizo de nuevo.

Encendió la luz del dormitorio y corrió hacia el pasillo.

Había dos o tres puertas abiertas. Beryl y Daisy asomaban sus cabezas, amedrentadas, ambas.

—¿Quién ha gritado?

—¿Es cierto que se ha visto la Mano de Fuego?

Nellie Goddess, altiva y majestuosa, envuelta en un par de kilómetros de tules y gasas, se hizo visible.

—No me gusta ser prosaica, pero algunas personas tienen la mala costumbre de abusar en la mesa, durante la cena, lo que les provoca una pésima digestión. Ello siempre es causa de horribles pesadillas. Y de perturbaciones del sueño de los demás —dijo con voz helada.

Beryl salió al pasillo y se puso en jarras delante de la joven.

—¿Es usted también un robot, como los criados? —preguntó.

Nellie la miró despreciativamente.

—Soy una mujer, quince años más joven e infinitamente más hermosa que usted —respondió.

—Oh, me ha llamado vieja —se escandalizó Beryl.

—Es una chica sincera —rió la adivina.

Beryl se volvió furiosa hacia ella.

—¡Usted no puede presumir de joven ni de hermosa, lechuza! —la apostrofó.

Extrañamente, Thia no pareció enojarse por la actitud de la rubia.

—Nunca he presumido de lo que no he tenido, como usted —contestó.

—Bueno, basta ya —intervino Pecknill, conciliador—. Dejémonos de problemas personales. Señorita Goddess. —Se volvió hacia Nellie—, le guste o no, lo cierto es que la Mano de Fuego, se ha paseado por delante de la casa. Yo estaba aún levantado, ya que no me había acostado, no bebí durante la cena, de modo que lo que he visto no se puede achacar ni al alcohol ni a una mala digestión.

—Pero sí a la sugestión, por creer en una leyenda estúpida —replicó Nellie secamente. Giró sobre sí misma y entró en su dormitorio, cerrando de un portazo.

Pecknill ocultó una sonrisa. Luego, volviéndose hacia las otras, dijo:

—Se ha visto la Mano de Fuego, es cierto, pero no ha muerto nadie, como asegura la leyenda.

—¿Y Brobb? ¿Dónde está? —preguntó Daisy de repente.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Pecknill echó a correr hacia el dormitorio del mencionado.

Abrió. Encendió la luz. Brobb se sentó en la cama, lanzando un gruñido de enojo:

—Pero ¿es que en esta casa no va a poder dormir uno tranquilamente?

## CAPÍTULO IV

Pecknill prefirió café en su desayuno. Con la taza en la mano y el platillo en la otra, dijo:

—Sí, los sirvientes son robots.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Daisy.

—Bueno, ellos mismos lo dicen... —intervino Beryl.

—Lo he comprobado yo en persona —declaró Pecknill.

—Desarmándolos, tal vez —intervino Brobb, irónico.

—Lo que vi, me bastó para saber que, efectivamente, son máquinas perfectas, con apariencia de hombre. Y más de uno de los presentes debe saber o recordar, si ya lo sabe, que Sgrudder es uno de los pocos genios que existen actualmente en la cibernética —dijo el joven, muy serio.

—Ciber..., ¿qué? —exclamó Thia, burlona.

—Algo que se basa por completo en la ciencia y no en la adivinación, señora.

—Señorita —puntualizó Thia, enojada.

—A la fuerza —rió Beryl—. ¿Quién iba a querer casarse con ella?

—Me gustaría no ser educada, para poder tirarle una botella a la cabeza.

—Por mí, ya puede empezar. La vajilla no es mía, pero tenga en cuenta, que no me quedaré atrás en el intercambio de proyectiles.

—¡Basta, señora! —cortó Brobb—. Manténganse en calma y hablemos nuevamente de los robots.

—Hombre, ya que los menciona... —exclamó Daisy. Jerkins entraba en aquel momento y se dirigió a él—: Algunos dudan de que usted y los otros sean robots, Jerkins.

—¿Por qué no hace algo para convencernos definitivamente? —Solicitó Thia.

Con el rabillo del ojo, Pecknill espiaba a Nellie, quien como de

costumbre, asistía al comedor, hierática e impasible, dando la sensación de que todo cuanto sucedía a su alrededor le resultaba ajeno.

—Con el permiso de los señores... —dijo Jerkins—. Puesto que soy una máquina, espero que no consideraran una grosería lo que voy a hacer ahora mismo.

Impasible, Jerkins se desabrochó el chaleco y la camisa, dejando el torso al descubierto. Presionó un botón cercano a su costado y una tapa se abrió, permitiendo ver parte del interior de su cuerpo mecánico, un impresionante amasijo de cables y circuitos impresos, en donde destacaban media docena de diminutas lamparitas de control, que centelleaban alternativamente.

—¡Cierre eso! —gritó Thia, muy disgustada.

—Ya está bien, Jerkins, nos hemos convencido de que es usted un robot —dijo Brobb.

—¿Cuándo voy a poder ver al señor Sgrudder? —preguntó Pecknill.

—Lo siento, señor —contestó Jerkins, mientras se abrochaba de nuevo los botones—. El señor Sgrudder nos dio orden de atenderles a ustedes en todo cuanto necesitasen y me encargó les pidiese permaneciesen en su casa sin límite de tiempo.

—Hasta cierto punto, yo lo tengo tasado —dijo el joven.

—Repito que lo lamento, pero no puedo hacer otra cosa que cumplir las órdenes del señor Sgrudder —recalcó una vez más el impasible mayordomo mecánico.

Los comensales se habían ido ya. Nellie permanecía sentada en su sitio, los codos apoyados en la mesa y un cigarrillo humeante en su mano derecha, del que tomaba de cuando en cuando alguna bocanada.

Algo cayó delante de ella. Nellie miró el perfumado trozo de tejido y luego alzó los ojos hacia el hombre que tenía frente a sí.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un pañuelo. «Su» pañuelo, señorita Goddess. Se le cayó anoche, sin que usted se diera cuenta.

Nellie meneó ligeramente la cabeza.

—No es mío —contestó.

—¿De verdad? Huele al mismo perfume que usa usted —dijo Pecknill.

—Simple coincidencia. —Nellie tomó el pañuelo con dos dedos y lo agitó un poco—. Suba a mi dormitorio, le autorizo a ello; verá que toda mi ropa interior, la lencería y demás, está marcada con mis iniciales. Este pañuelo, si bien de buena calidad, no es mío, insisto en ello.

—Siento haberla molestado, señorita Goddess —se disculpó el joven, a la vez que recobraba el pañuelo.

Y ya se disponía a marcharse, cuando, de pronto, ella le llamó:

—Un momento, por favor.

Pecknill se volvió para mirarla.

—Sí, señorita —dijo.

—¿Por qué razón había de salir yo anoche de mi dormitorio a horas desusadas?

—Lo ignoro. Tal vez quería hacer lo mismo que yo.

—¿Qué es lo que hizo usted, señor Pecknill?

—Simplemente, comprobar que los sirvientes son robots.

—Y... ¿es cierto?

—Sí, en efecto.

—¿Cómo puede asegurarlo usted?

—Vi anoche a los cuatro, parados, recargando baterías.

—Oh, comprendo. ¿También usted ha venido aquí a recibir algo del señor Sgrudder?

—Si se refiere a mi participación en una posible herencia, le diré que no. Los motivos de mi estancia en Highwatch Tower son debidos a negocios.

—Entiendo. Le ruego me disculpe, señor Pecknill.

—Soy yo quien debe pedirle perdón a usted, señorita...

Pecknill abandonó la estancia. «Hermosa, pero fría como un tempano de hielo», pensó.

En el vestíbulo se encontró con un individuo que le resultó desconocido.

—Burlin Eaton —se presentó el sujeto—. Acabo de llegar y...

—Me llamo Pecknill, Dirk Pecknill, y celebro conocerle, señor Eaton. ¿Puede serle útil en algo?

—Muchas gracias, pero sólo estoy aquí como usted, es decir, invitado del dueño de esta casa. Por cierto, ¿puede decirme si ha llegado un tal Ralph Mward? También está invitado y...

—Lo siento, señor Eaton, no conozco al señor Mward. ¿Es amigo

suyo?

—Y consocio, además, pero bueno, no importa, ya llegará. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Pecknill.

—El placer ha sido mío —aseguró el joven.

Eaton se alejó con paso rápido hacia el piso superior. Era menudo, vivaracho, de cara ratonil y ojos menudos. Andaría por los cincuenta años, calculó Pecknill.

La puerta se abrió en silencio. Pecknill estaba medio reclinado en su cama y miró hacia la entrada.

—¿Molesto? —preguntó Beryl.

Pecknill se puso en pie de un salto.

—En absoluto, señorita...

—Llámeme Beryl, por favor —pidió ella dengosamente—. Me molestan los tratamientos protocolarios.

—Sí, claro. ¿Puedo serle útil en algo?

—Escuche, he estado hablando con mi amiga... porque Daisy y yo somos amigas, como puede comprender.

—Encantadoras las dos —dijo Pecknill galantemente.

Beryl suspiró.

—Ya no quedan hombres como usted. —Se lamentó.

—Oiga, no irá a decirme que soy el último varón sobre la Tierra —rió el joven alegremente.

—Hombre, no, claro, yo me refería a... Bueno, hablemos del tema principal que me ha traído a su cuarto.

—Sí, Beryl.

—Daisy y yo no nos asustamos de los fantasmas. Hemos pensado que esta noche podríamos salir a cazar a la Mano de Fuego. Con la ayuda de usted, por supuesto.

Pecknill arqueó las cejas.

—¿Con qué piensan cazar al fantasma? ¿Con algún potente insecticida? —preguntó.

—No se burle usted, Dirk —le reprochó ella—. Los robots recargan baterías por la noche, de modo que no nos molestarán en absoluto.

—Ah, ¿es que supone que son amigos de la Mano de Fuego?

—¡Por Dios, Dirk! Lo que interesa es que no haya testigos, humanos o mecánicos, ¿comprende?

—Sí, desde luego, aunque no me imagino qué clase de arma...

—Daisy y yo lo tenemos todo planeado, no se preocupe. Vendré a buscarle a las doce, ¿le parece bien?

—Estupendo, Beryl.

La mujer sonrió, a la vez que le dirigía un guiño incitante. Pecknill contestó con una sonrisita de circunstancias. Luego, ella dio media vuelta, disponiéndose a salir del dormitorio.

—Aguarde un momento, Beryl —llamó él de pronto—. Quiero devolverle algo que se le perdió anoche.

Beryl contempló extrañada el pañuelo que le tendía el joven.

—No es mío —dijo.

—Tiene su mismo perfume...

—Coincidencia, querido —respondió Beryl.

Y se marchó, dejando a Pecknill ligeramente desconcertado.

—Pero ¿por qué tanto interés en negar la propiedad de ese pañuelo? —se dijo.

¿Quién era la bella desconocida que le había tapado la boca con la mano, cuando salía del cuarto dónde «descansaban» los robots?

—Será cosa de preguntárselo a la que falta, esto es, a Daisy —se propuso.

Porque de una cosa estaba seguro: el cuerpo de formas rotundas y macizas y de ardiente contacto, que había tenido entre sus brazos en aquellos momentos, no se correspondía en modo alguno con la casi esquelética silueta de Thia Orcuphar.

Un horrible alarido hendió el silencio de la noche.

Pecknill reposaba en su cama, aunque vestido, aguardando el momento en que Beryl viniese a buscarle, y se sentó de golpe, asustado por aquel espantoso grito.

—¡No, vete, vete...! ¡Déjame en paz! ¡No me abrases! ¡Vete, mano maldita...!

Las últimas palabras se confundieron con un estridente chillido que se apagó de golpe. Luego sobrevino otra vez el silencio.

Pecknill saltó de la cama y corrió hacia la puerta. En el momento en que se asomaba, vio a Nellie al otro lado del corredor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la joven.

Pecknill observó que Nellie estaba aún vestida: con *sweater* y pantalones negros, y ambas prendas ceñidas a su cuerpo escultural. Como calzado, Nellie empleaba una especie de mocasines de piel muy fina y suave.

Varias puertas más se abrieron. En rápida sucesión, Thia, Beryl, Daisy y Brobb se asomaron al corredor.

—¿Quién ha gritado?

—¿Han asesinado a alguien?

—¿Se ha visto la Mano de Fuego?

Los ojos de Pecknill captaron bien pronto la falta de uno de los invitados.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde duerme Eaton? —le preguntó.

Nellie extendió un brazo.

—Allí —indicó sobriamente la última puerta del corredor.

Pecknill caminó con gesto resuelto hacia el lugar señalado. Llamó a la puerta y gritó:

—¡Señor Eaton! ¿Se encuentra bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Habrá tenido una pesadilla —apuntó Beryl.

—Cenó demasiado y como hicimos los inevitables comentarios sobre la Mano de Fuego... —Añadió Daisy.

Eaton no contestaba. Desdeñando el riesgo de un conflicto con el ocupante de la habitación, Pecknill se decidió a abrir.

—Señor Eaton —llamó, una vez más.

El dormitorio estaba a oscuras. Pecknill buscó el interruptor que había junto a la puerta y encendió la luz.

Pecknill se estremeció. Eaton estaba tendido sobre la cama, con el pijama abierto. Detrás de él, Beryl dijo:

—¡Cómo huele a carne quemada!

La mujer tenía razón. Había en el desnudo pecho de Eaton la negra marca de una mano, casi de tamaño doble del normal, una marca a fuego, que horripilaba sólo con mirarla.

## CAPÍTULO V

Daisy asomó la cabeza por encima del hombro de Pecknill y lanzó un chillido. Thia miró también y se tambaleó. Hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por los fuertes brazos de Brobb.

—Espantoso —musitó Nellie.

—Me voy... Tengo el estómago revuelto... —gimió Beryl, y se alejó a trompicones.

Tras unos segundos de indecisión, Pecknill se acercó al lecho y se inclinó sobre Eaton.

Estaba muerto. La falta de respiración era fácilmente advertible a simple vista.

El olor a carne quemada persistía aún en el ambiente. Pecknill, dominando la repugnancia que sentía, examinó la marca.

Hubiera dicho que era la marca a fuego practicada a una res. Era una mano, con los cinco dedos extendidos, un grueso trazo de un centímetro de anchura y casi otro tanto de profundidad. Incluso creyó ver en algún punto una gotita de sangre, pero el calor desprendido del espantoso instrumento que había dibujado tan horrible señal en el pecho del huésped, la había secado en el acto.

Dada la pequeñez corporal de Eaton, la mano ocupaba casi toda la anchura de su escuálido tórax. Al menos, calculó Pecknill, medía treinta centímetros de largo, por veinticinco de anchura.

—No se puede hacer nada por él —dijo, al cabo de unos minutos—. Está muerto.

—Habrá que avisar a la policía —sugirió Nellie.

—Si me lo permiten los señores, nosotros nos encargaremos de esa tarea. —Sonó de pronto la voz del mayordomo.

—¡Jerkins! —exclamó Pecknill, vivamente sorprendido—. Pero ¿no estaba usted recargando...?

—El señor me dispensará si le digo que la recarga da nuestras baterías no se hace a diario —manifestó Jerkins respetuosamente—.

Nuestros circuitos auditivos captaron el ruido de voces humanas a deshora y abandoné nuestro lugar de descanso nocturno para enterarme de lo que sucedía.

—Lo que ha sucedido no tiene nada de agradable —refunfuñó Pecknill.

Daisy se había ido también, lo mismo que Thia, ayudada por Brobb. Ahora estaban solos los dos jóvenes, con el mayordomo.

—Si no le importa, yo usaré el teléfono, Jerkins —dijo Pecknill.

—Lo siento, señor; no hay teléfono en Highwatch Tower.

—Entonces, iré a Naidlane...

—Ruego al señor deje todo en nuestras manos —insistió el impasible Jerkins—. El señor Sgrudder nos dejó órdenes terminantes de procurar la satisfacción y el bienestar de sus huéspedes, en cualquier circunstancia. Nosotros nos ocuparemos de tan desagradable asunto, se lo ruego.

—Perfectamente. Jerkins, déjeme que le diga que si no estuviese persuadido de que es usted un robot, diría que es un ser humano. Sea como sea, es la joya de los mayordomos.

Jerkins se inclinó ligeramente.

—El señor emplea de una excesiva benevolencia conmigo —dijo. Entró en el dormitorio con su habitual paso lento y medido, y cerró una vez hubo cruzado el umbral.

Pecknill y Nellie quedaron unos momentos en el corredor.

—¿Cree usted realmente en la existencia de esa fantasmagórica Mano de Fuego? —preguntó Nellie.

—Más bien me inclino a pensar en una forma particularmente repugnante de asesinar a la gente —contestó él—. Puede que, por ejemplo, a mí no me matase, aunque es evidente que sufriría graves daños, pero la cosa varía con un tipo como Eaton, pequeño y enclenque. Y, posiblemente también, muy timorato, por lo que es posible que el «*shock*» producido por la visión de la Mano de Fuego haya sido otro de los factores desencadenantes de su muerte.

—Quizá tenga usted razón, pero, en todo caso, ¿qué es lo que produce una quemadura tan horrible?

—Es muy simple: un hierro, al rojo vivo, con la forma de una mano.

—¿Usted cree?

—A las pruebas me remito. Esas horribles quemaduras sólo

podieron ser causadas por un hierro al rojo vivo.

—Entonces, la leyenda...

—Simplemente, una leyenda, señorita Goddess —sonrió Pecknill.

—Lo que significa que alguien se ha aprovechado de ello para eliminar a Eaton.

—Un razonamiento totalmente correcto, en efecto.

—Y ahora nos falta, solamente, conocer los motivos del crimen.

—Si se siente curiosidad por ello, sí, desde luego. Pero a quien mejor puede interesar el conocimiento de los motivos del crimen, es a la policía.

Nellie esbozó una ligera sonrisa.

—Tiene usted razón —concordó—. Solamente debemos deplorar el hecho de que haya muerto una persona. Lo demás, averiguación del crimen, de sus motivos y de su autor, no nos compete a nosotros.

—Así es. ¿Había salido usted de paseo esta noche, poco antes de que muriese Eaton?

Ella se sobresaltó al escuchar aquella pregunta.

—Yo... Bueno, sí, no tengo por qué negarlo... Pero ¿cómo lo ha adivinado?

—No solamente sus ropajes, muy distintos de los que llevaba ayer a la misma hora, sino también ciertas pequeñas manchas de barro en sus mocasines —contestó él. De pronto, se arrodilló y pasó el índice por el borde de uno de los mocasines—. Todavía está fresco —añadió.

—No tenía sueño. Me pareció conveniente un paseo por las inmediaciones —dijo Nellie.

—Un paseo después de cenar, para combatir el posible insomnio, suele ser beneficioso en la mayoría de las ocasiones —convino Pecknill—. Aquí, si va a estar muchos días, le conviene tener cuidado con los paseos nocturnos.

Hizo una pausa y añadió:

—El pantano está demasiado cerca. Si cayera en algún charco cenagoso es muy posible que nadie pudiera ya salvarla, incluso aunque se oyera sus gritos de socorro.

Nellie palideció.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias —contestó, con cierta

humildad que contrastaba no poco con el orgullo y el despego que había mostrado hasta aquel momento.

La voz atronó el caserón a una hora relativamente temprana, despertando a todos los durmientes:

—¡Eh! ¿No hay nadie por aquí? ¿Nadie sale a recibir a su dueño y señor?

Pecknill estaba terminando de afeitarse y se apresuró a dar por concluida su labor. A juzgar por lo que acababa de escuchar, Sgrudder había vuelto por fin a su casa.

Minutos después, entraba en el comedor. Había allí un hombre robusto, de pelo casi completamente blanco y de mediana estatura, muy aplicado a la interesante tarea de devorar unos huevos con jamón.

—Señor Sgrudder.

El dueño de la casa le miró de reojo.

—¿Quién es usted, muchacho? —preguntó.

—Dirk Pecknill, señor. Soy huésped en esta casa, en espera de su regreso, que al fin se ha producido. Deseo hablar con usted de cierto asunto que...

Sgrudder agitó una mano.

—Ahora, no, muchacho, más tarde —dijo—. He vuelto de viaje y me siento un poco cansado.

—Pero es que yo tengo prisa, señor.

—Muchacho, tienes que procurar llegar a la convicción de que, en este mundo no hay nada más perjudicial que la prisa. No tengas prisa jamás, si quieres llegar a centenario. —Le tuteó de pronto.

Pecknill hizo un gesto de contrariedad. Antes de que pudiera decir algo, un torbellino de perfume y gasas le atropelló, tirándole a un lado.

—¡Querido, cuánto tiempo sin verte! —Beryl se arrojó sobre Sgrudder y le besuqueó y abrazó de una forma que Pecknill, *in mente*, calificó de canibalesca efusión—. Al fin te veo, después de tantos años... Estás magníficamente conservado, como en tus mejores tiempos...

—Tú sí que estás guapa, muchacha —contestó Sgrudder, igualmente abrazado a la morena—. Bueno, la verdad, estás como para comerte...

Beryl soltó una risita.

—No hagas que me ruborice, querido; ya no soy la que era...

Otra mujer irrumpió en el comedor. Daisy se arrojó sobre Sgrudder y empezó a prodigarle besos y palabras de ardiente pasión, algunas de las cuales eran bastante subidas de tono.

«Cómo están», pensó Pecknill, a la vez que suspiraba para sus adentros.

Sgrudder y las dos mujeres reían y charlaban alborotadamente, contándose chistes de todas clases e insultándose jovialmente con atroces comentarios. Pecknill se dijo que había que dejarlos por imposibles a los tres.

Thia apareció de pronto en el umbral del comedor.

—Jay —llamó.

Sgrudder, que estaba en el centro, con los brazos rodeando dos cinturas femeninas, miró a la recién llegada.

Frunció el ceño, repentinamente serio.

—Tú eres Thia —dijo.

—No han pasado tantos años —contestó la adivina con sorna.

—No, sólo un siglo —rió Sgrudder atonadoramente—. La conocí hace lo menos... Bueno, ¿qué importa el tiempo? Ella y yo estamos maravillosamente conservados, ¿no es así, chicas?

—Jay, he venido porque tú me llamaste. Sea para lo que sea, te ruego despaches pronto. Debo regresar cuanto antes a Londres no puedo dejar desatendido mi negocio por más tiempo —declaró Thia con frialdad.

—Vaya, otra que tiene prisa. ¡Señor, qué tiempos vivimos! Todo el mundo corre, corre, corre..., ¿y qué saca luego con ello? Irse más pronto a la tumba, claro.

Beryl y Daisy rieron la gracia de Sgrudder. A Pecknill y a Thia, en cambio, no les hizo ninguna.

—Luego te veré, Thia —dijo el dueño de la casa—. Sube más tarde a mi despacho y hablaremos.

—Espero que sea hoy, Jay —deseó la adivinadora.

—Hoy será...

De repente, Sgrudder se quedó con la boca abierta.

—¡Cielos! ¿De dónde ha salido esa beldad? —exclamó.

## CAPÍTULO VI

Sgrudder soltó a las dos mujeres y avanzó al encuentro de la recién llegada.

—Señora... —dijo, ya con voz completamente seria.

—Señorita. Nellie Goddess —se presentó la joven.

—Maravillosa —suspiró Sgrudder—. Dígame, ¿desde cuándo dan permiso a los ángeles para hacerse visibles en la Tierra?

—No soy ningún ángel, y quiero hablar con usted urgentemente, señor Sgrudder.

—¡Pero todo el mundo tiene prisa! ¿Es que el mundo se ha vuelto loco?

—En lo que a mí se refiere...

—Un momento, señorita. A usted, que yo recuerde, no la he invitado a mi casa.

Sgrudder agitó la mano repetidas veces.

—En efecto, así es. Yo vine, en representación de...

—Cualquiera que sea el motivo que la haya traído a usted a mi casa, deberá esperar, señorita —dijo firmemente.

—Pero...

—¿No ha dicho usted que viene en representación de alguien?

—Sí, así es —confirmó Nellie.

—Bien, en tal caso, no es un asunto personal suyo, lo que permitirá que lo posponga sin contratiempos para nadie. Señorita Goddess, me siento un poco cansado y antes de hablar de negocios, que es lo que me imagino la ha traído a usted aquí, deseo descansar un par de días. ¿Entendido?

—Si no hay otro remedio. —Se resignó la joven.

—Aquí estará bien. La casa es grande, cómoda y tiene unos bonitos alrededores para pasear durante el día. Cuidado con el pantano, ésa es la única precaución que debe tomar. Y a usted, señor Pecknill, le digo lo mismo.

—Y yo, si usted me lo permite, quisiera decirle una cosa —manifestó el joven.

—Por supuesto. ¿De qué se trata, muchacho?

—¿Ya se ha enterado de que anoche se cometió un crimen en su casa?

—Lo sé —respondió Sgrudder—. Precisamente he estado hablando con el sargento MacCaithane, de la policía de Naidlane, quien me ha dicho que él se ocupará de este desagradable asunto. No se preocupe, el caso está en buenas manos, puedo garantizárselo.

—Si usted lo dice, señor...

—Ya está dicho —sonrió Sgrudder, quien acto seguido, se volvió hacia las dos mujeres—. ¿Continuamos nuestra charla, preciosas?

Sonaron unas risitas. Pecknill se dirigió hacia la salida.

Thia estaba pálida. Sus ojos brillaban de furia.

—Me las pagará, juro que me las pagará. —Oyó Pecknill a la adivina, cuando pasaba junto a ella, para salir del comedor.

Nellie salió momentos más tarde. Pecknill aguardó a la joven en el vestíbulo.

—Parece que coincidimos —dijo maliciosamente.

Ella aparecía muy seria.

—Usted lo ha dicho: sólo parece. Pero no coincidimos, puesto que nuestros intereses son divergentes —respondió con su habitual frialdad.

Y se alejó sin más en dirección a la escalera que conducía al piso superior.

Pecknill paseó por las inmediaciones de Highwatch Tower hasta cerca del mediodía, en que regresó a su dormitorio, para asearse un poco, antes de bajar al comedor a almorzar. Cuando entró en la habitación, vio un sobre blanco sobre la cama.

Intrigado, abrió el sobre y encontró en su interior unos cuantos recortes de periódicos. Eran fotografías de una revista de tipo alegre, en la que aparecía una mujer muy hermosa, escasa de ropa en la mayoría de las ocasiones. En dos de las fotografías estaba con el traje de Eva.

Los recortes estaban sujetos con un «clip», que apresaba también un trozo de cuartilla con la siguiente inscripción, hecha con un lápiz de trazo grueso:

## ¿CONOCE A ESTA BELDAD?

En las fotografías había algunos pies. Uno de ellos decía que la joven retratada usaba el singular apodo de la Diosa de Hielo.

—*Ice Goddess* —murmuró Pecknill.

La segunda palabra correspondía exactamente con el apellido de Nellie. Se preguntó qué malévolos espíritus habría dejado los recortes en su habitación. «Como si yo estuviese enamorado y fuese a casarme con ella», pensó.

En las fotografías se citaba también el nombre del local donde actuaba la Diosa del Hielo. Pecknill no recordaba haber estado allí nunca.

Pero todo aquello, se dijo, era pura malevolencia. En su dormitorio había una gran chimenea, apagada en aquellos momentos. Cinco minutos más tarde, los recortes se habían convertido en cenizas.

Pecknill, sin embargo, conservó la nota. Podía resultar interesante identificar a su autor, por el tipo de letra.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió.

Era Nellie.

—¿Puedo hablar privadamente con usted, señor Pecknill? —consultó.

El joven se echó a un lado.

—Estoy a su disposición, señorita. —Accedió.

Nellie entró. Pecknill cerró la puerta.

—Usted dirá —invitó.

—Señor Pecknill... no sé cómo decírselo a usted, y aunque sospecho no le gustan las dilaciones. Tampoco a mí, ciertamente, por lo que entraré directamente en materia. ¿Está usted seguro de que el hombre a quien hemos saludado a la hora del desayuno es Jay Sgrudder?

Hubo una corta pausa de silencio. Pecknill sacó cigarrillos y entregó uno a su visitante. Después de las primeras bocanadas de humo, inquirió:

—¿Qué le hace recelar de su identidad, señorita?

—Conocí hace un par de años a Sgrudder. El hombre a quien hemos visto es muy parecido..., pero yo estoy por jurar que no es el

auténtico propietario de Highwatch Tower.

—Ese conocimiento a que usted alude, ¿tiene un fundamento íntimo?

La pregunta era escabrosa, pero Nellie supo mantenerse impasible.

—Le conocí por razón de mi trabajo —contestó—. Solía acudir con muchísima frecuencia al lugar donde yo estaba empleada. Muchas veces me invitó a su casa, pero yo siempre rechacé sus ofrecimientos.

—Tengo entendido que Sgrudder, pese a su genio, es hombre al que le gusta la diversión, y muy bromista, también. Además, es gran aficionado al bello sexo.

—Exactamente. Pero el hombre que dice ser Sgrudder no lo es.

—¿En qué se basa usted para negarlo?

Nellie hizo un gesto ambiguo.

—No podría afirmar nada en concreto —respondió—. Ciertamente, lo hace muy bien casi su mismo tono de voz, sus gestos, sus bromas subidas de color, sus pellizcos a esas dos mujeres... Me gustaría ser experto en huellas dactilares para comprobar mi teoría.

—En primer lugar, necesitaría usted las del auténtico Sgrudder, caso de que el que está aquí no sea más que un impostor.

—Por eso digo que sólo puedo expresar mis sospechas. Yo pensé que usted lo conocería mejor...

—Lo siento. Nunca he visto personalmente a Sgrudder. Es cierto que he visto alguna fotografía suya en los periódicos y en alguna revista científica, pero eso no es suficiente para que yo me muestre rotundamente de acuerdo con su teoría, señorita Goddess.

Nellie emitió una sonrisita de circunstancias.

—Lamento haberle molestado —se disculpó.

Y giró sobre sus talones para dirigirse a la puerta, pero casi en el mismo instante, se oyó en el pasillo un chillido aterrador:

—¡Muerto! ¡Está muerto!

Pecknill y Nellie corrieron hacia las dos mujeres que se hallaban en el pasillo, frente a una puerta abierta. Beryl y Daisy parecían aterrorizadas.

El joven se asomó a la puerta. Tendido sobre su cama, se veía a un hombre completamente inmóvil.

—¡Sgrudder! —exclamó.

El mango de un cuchillo asomaba por el centro de su pecho. Pecknill presintió la muerte del dueño de la casa.

Detrás de él sonó la voz de James Brobb:

—¡Rayos, se lo han cargado! ¡Adiós herencia!

Pecknill se volvió hacia Nellie.

—Atiéndalas, por favor —rogó, refiriéndose a las dos mujeres, que seguían llenas de pánico.

Nellie hizo un gesto de asentimiento y se las llevó de allí. Pecknill, seguido de Brobb, entró en el dormitorio del dueño de la mansión.

No cabía duda alguna: Sgrudder había muerto. La sangre estaba aún fresca, pero el fallecimiento sé había producido casi instantáneamente.

Sin poderlo remediar, pensó en cierta frase que había oído a la adivina aquella misma mañana. ¿Había sido Thia la autora de la muerte de Sgrudder?

—Ha... habrá que avisar a la policía —dijo Brobb con voz insegura.

Pecknill asintió.

—El sargento MacCaithane se va a quejar de trabajo excesivo —manifestó lúgubrememente.

—¿Conoce usted a algún funcionario de policía?

—No, pero lo mencionó el muerto esta misma mañana. Es el jefe o algo por el estilo, en Naidlane.

—Perdóneme, pero yo conozco un poco Naidlane y sé que es una aldea de muy poca importancia. No tiene la entidad suficiente como para disponer de un sargento de policía.

Pecknill se volvió asombrado hacia el individuo.

—¡Él lo dijo! —exclamó—. Yo lo escuché...

Brobb se acercó a la cama y se inclinó hacia el cadáver. Al cabo de unos momentos se incorporó y miró al joven.

—Lo siento. El muerto está muerto, pero no es Sgrudder —aseguró, con acento que no admitía réplica alguna.

Hubo un momento de silencio. Después, Pecknill, sin tocarlo para nada, examinó con todo detenimiento el mango del puñal que el muerto tenía clavado hasta la empuñadura.

Era un abrecartas y, en el centro del mango, había dos iniciales

estampadas en oro: T. O.

—Dispénseme —exclamó, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. ¿Tiene usted la bondad de avisar al mayordomo?

—Sí, claro, pero ¿adónde va usted? —le preguntó Brobb.

—Quiero hablar con una persona —respondió el joven evasivamente.

Salió del dormitorio, recorrió unos cuantos metros y se detuvo ante la puerta de la habitación de Thia Orcuphar.

Llamó. La adivina no contestó.

Pecknill empezó a sospechar lo peor. Abrió, pero sus sospechas no se confirmaron.

Thia Orcuphar no estaba en su dormitorio. ¿Había huido, aterrorizada, abrumada bajo el peso de su culpa?, se preguntó, perplejo y desorientado.

## CAPÍTULO VII

—Sólo he conseguido sacar una cosa en limpio, aunque les ha costado bastante admitirlo —manifestó Nellie más tarde—. Beryl y Daisy se dirigieron a la habitación de Sgrudder, para hablar de negocios. Mi impresión personal es que le querían pedir dinero.

—Ellas están aquí porque confiaban en la herencia o en una especie de adelanto de la misma, según dieron a entender —respondió Pecknill.

—Y se lo encontraron muerto.

—En efecto. Aquí están pasando cosas raras. Muere un tipo que no es el que debía morir...

—¿Está seguro de que el muerto no es Sgrudder?

—Brobb lo ha afirmado rotundamente, señorita.

—Ah, parece que lo conocía bien.

—Según se desprende de sus declaraciones, así es.

—Esta vez no se trata de un fantasma. Al menos, los fantasmas, no emplean cuchillos.

—Dispénsame, pero no era un arma en el sentido estricto de la palabra, aunque haya sido empleada como tal. Era un abrecartas.

—Parecía un puñal.

Pecknill sonrió.

—Muchos abrecartas tienen aspecto de puñales —dijo—. Su dueña lo empleó para vengarse del desdén de Sgrudder.

—¿Ha dicho su dueña? ¡Entonces, es una mujer y usted la conoce! —exclamó Nellie.

—A menos que otra persona lo haya usado en su lugar, la asesina es Thia Orcuphar. Sus iniciales aparecen en el mango del abrecartas.

—Quién lo hubiera dicho —musitó la joven—. Pero ¿por qué?

—¿Es que no oyó usted, como todos, las palabras despreciativas que le dirigió el falso Sgrudder? Thia debe de ser una mujer de

mucho amor propio y esas frases la hirieron profundamente. Por eso mató al que ella creía Sgrudder.

—Se puede admitir como motivo del crimen —dijo Nellie—. Pero el problema que me preocupa es: ¿Por qué había de venir otro a ocupar el puesto de Sgrudder?

—Temo no ser el más indicado para resolver sus dudas, señorita Goddess —sonrió Pecknill—. Pero, si como sospecho, los dos estamos aquí para hacer lo mismo, aunque nuestros intereses personales sean divergentes, en tal caso no hacemos más que perder el tiempo.

—Y, sin embargo, debemos seguir aquí. Tarde o temprano, Sgrudder debe hacer acto de presencia.

—Suponiendo que esté vivo.

Sobrevino un instante de silencio. Los ojos de Nellie se habían dilatado un tanto.

—Quizá tenga razón —convino en voz baja—. Quizá esté muerto ya y ese doble vino para ocupar su puesto, pero tuvo la desgracia de hacer su papel con demasiada exactitud. No contó con el despecho de una mujer.

—Así ha sido en efecto —dijo Pecknill—. Pero, sea o no el auténtico Sgrudder, nosotros tenemos cierta obligación que cumplir.

—¿Cuál, por favor?

—Avisar a la policía —contestó él resueltamente, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

—¡Espere! —llamó Nellie—. Si no le importa, iré con usted.

—Será un placer —sonrió Pecknill.

Detrás del caserón había una especie de cobertizo bajo el que se veían cuatro coches. Pecknill ofreció el suyo a Naidlane, cosa a la que Nellie no tuvo nada que oponer.

Momentos después, arrancaba el vehículo. Pecknill levantó la vista al cielo; faltaba menos de media hora para el crepúsculo.

Enfiló el camino que conducía a la carretera de Naidlane. Unos quinientos metros más adelante, vieron a un hombre parado en medio del camino haciéndoles señas con la mano.

El individuo estaba junto a un automóvil. Pecknill paró el suyo y sacó la cabeza por la ventanilla.

—Hola, amigo —saludó el hombre—. ¿Voy bien para Highwatch Tower?

—Sí, en efecto. Nosotros venimos de allí. Lo encontrará a medio kilómetro, aproximadamente.

—Muchas gracias. Por cierto, no les he dado mi nombre. Soy Sven Kilsthom. Fantasmólogo.

Pecknill se quedó viendo visiones.

—¿Fantasmólogo? —repitió.

Kilsthom se echó a reír.

—Es una broma mía, naturalmente —contestó—. Soy aficionado a los fenómenos sobrenaturales y me gusta investigar leyendas sobre fantasmas, duendes, trasgos y demás. Ahora voy a Highwatch Tower, para ver qué hay de cierto en lo de la Mano de Fuego. Porque, supongo, ustedes conocen también esa leyenda.

—Sí, desde luego. Y, le diré una cosa, señor Kilsthom: la Mano de Fuego ha causado ya una muerte.

—¡Magnífico! —Kilsthom parecía arrobado—. Es precisamente lo que estaba buscando, créanme. ¿Sigue el cadáver aún en Highwatch?

—No, ya se lo llevaron.

—Lástima, llego con algo de retraso.

—Pero todavía hay en la casa suficientes testigos para su investigación —sonrió Pecknill—. Nosotros también vimos a la víctima y tendremos mucho gusto en facilitarle cuántos detalles crea necesarios para sus investigaciones.

—Son ustedes muy amables —dijo Kilsthom—. Por cierto, todavía no sé...

—Oh, discúlpeme, no había reparado en ello. Señor Kilsthom, le presento a Nellie Goddess. Yo soy Dirk Pecknill.

El individuo se quitó el sombrero, a la vez que se inclinaba para saludar a la muchacha.

—Es un placer, señorita —dijo.

—Encantada —contestó Nellie.

—Y ahora, si nos lo permite... —dijo el joven.

—Será un placer verles de nuevo a la noche —aseguró Kilsthom—. Pero tengan cuidado, no vayan a perderse. No he visto el poste indicador que señala la ruta de Highwatch Tower.

—¡Qué raro! —exclamó Pecknill—. Estaba hace un par de días, cuando llegamos nosotros.

—Así era, en efecto —corroboró Nellie las palabras de su

acompañante.

Kilsthom se encogió de hombros.

—En todo caso, ahora no está. Bien, hasta la vista, amigos —se despidió de la pareja.

Pecknill embragó y arrancó de nuevo.

—Un tipo pintoresco —dijo momentos más tarde.

—Suponiendo que vaya a Highwatch Tower para estudiar realmente la leyenda de la Mano de Fuego.

—¿Cómo dice usted? ¿Es que no cree en lo que ha dicho Kilsthom? —se asombró el joven.

Nellie hizo un gesto ambiguo.

—Hay una cosa cierta, irrefutable, y es que Sgrudder, ingenio aparte, es un hombre de muchísimo dinero —contestó—. Y, que yo sepa, el dinero es algo que atrae a la gente como la miel a las moscas.

—Nosotros tampoco podemos tirar la primera piedra, Nellie.

—Es preciso admitirlo, aunque estemos aquí por unos móviles muy distintos de los demás —dijo la joven.

De súbito, el coche sufrió una fuerte sacudida, a la vez que frenaba casi de golpe. Pecknill se agarró con fuerza al volante. Nellie se vio precisada a poner las manos delante, para no estrellarse contra el parabrisas.

—¿Qué ha pasado, Dirk? —exclamó.

Pecknill pisó el pedal de embrague y movió la palanca de cambios, para dar marcha atrás.

—No quisiera engañarme, pero mucho me temo que hemos ido a dar de bruces en el pantano —contestó sombríamente.

Un fétido olor penetró por la abierta ventanilla del conductor. El automóvil, de pronto, sufrió una ligera sacudida.

—¡Nos hundimos, Dirk! —gritó la joven.

Pecknill pisó el acelerador a fondo. El motor rugió con fuerza, pero las ruedas giraron estérilmente, sin mover al vehículo de su crítica posición.

El descenso de nivel era claramente perceptible. De pronto, se paró el motor.

Era ya casi de noche. Pecknill no tardó en tomar una decisión.

—Tenemos que salir de aquí, Nellie —dijo.

—¿No nos hundiremos también en el pantano? —preguntó ella,

aprensiva—. El coche se ha adentrado bastante en la ciénaga, debido a su velocidad. Ahora se hunde con cierta lentitud, pero si una persona cae fuera, podría hundirse incluso antes que el coche.

Pecknill se mordió los labios.

—Tiene usted razón —convino—. Es preciso hacer algo para evitar la catástrofe.

—Encienda las luces, en primer lugar. Ya es casi de noche.

Pecknill siguió el consejo de lo joven. Luego la miró y vio que ella vestía *pullover*, y pantalones, además de un chaquetón con cuello de piel.

—Tendrá que encaramarse al techo del automóvil —dijo—. Pero quítese el chaquetón primero.

Nellie obedeció. La portezuela de su lado ya no se podía abrir.

No obstante, era una muchacha ágil y de cuerpo flexible. Tras algunos esfuerzos, consiguió subirse al techo del vehículo.

—Nellie, tome su chaquetón —dijo Pecknill—. Ahora voy a ver si puedo sacar el asiento trasero.

—Sí, es una buena idea —aprobó ella.

Costó bastante, pero, al fin, el asiento trasero fue izado a lo alto del vehículo. Pecknill trasladó, además, las esterillas del piso y una linterna que llevaba en la guantera.

—Primero echaré el asiento —dijo—. Las esterillas irán un poco más lejos. Haremos..., como esos caminos a base de piedras que atraviesan los riachuelos por falta de un puente, ¿comprende?

—Sí, Dirk.

—Yo saltaré en primer lugar. El asiento es plano y de poco peso. Suponiendo que se hunda, tardará bastante. De todas formas, tendremos tiempo de sobra para escapar.

Nellie asintió. Al cabo de unos momentos, Pecknill saltó sobre el asiento y de allí a las dos esterillas, situadas más o menos en fila. Al iniciar el último salto, sintió que se le suspendía la respiración un instante.

Pero sus pies tocaron suelo firme. Se volvió hacia la muchacha y agitó una mano.

—¡Vamos, Nellie!

Ella saltó. Pecknill adelantó una mano y agarró la que le tendía la muchacha en su último salto, Tiró hacia sí y la abrazó para evitar que cayera al suelo.

Durante unos momentos siguieron en la misma postura. En la oscuridad, Pecknill miró a la joven y sonrió.

—Hemos salvado el pellejo, aunque sea diciéndolo con una frase vulgar —exclamó.

—Sí, pero..., ¿vamos a estar así toda la noche?

Pecknill suspiró.

—No crea que no lo lamento —dijo.

Y se separó de la muchacha. Se inclinó, recogió el chaquetón que ella había lanzado previamente y le ayudó a ponérselo.

—Después de esto, creo que la idea de recorrer a pie doce millas para ir a Naidlane puede ser considerada como una locura —manifestó.

—No nos queda otro remedio que regresar a Highwatch Tower —convino la joven—. Hablaremos con Jerkins y...

—Jerkins es un robot y no puede tomar ciertas decisiones —alegó el joven—. Lo único que haremos es pedirle otro coche.

—Y vigilar bien el camino, para no perdernos.

Hablaban mientras caminaban. Un cuarto de hora más tarde, la linterna, que Pecknill no había abandonado alumbró el poste indicador.

—¡Caramba, no estaba cuando pasamos nosotros...! —exclamó.

—Ya lo dijo Kilsthom —contestó Nellie.

Pecknill apretó las mandíbulas.

—Apuesto algo a que no sabe lo que estoy pensando en estos momentos, Nellie —dijo.

—Sin necesidad de emplear una bola, como Thia, le diré que sospecho que alguien ha tratado de borrarlos de este pícaro mundo. ¿No es eso lo que piensa usted, Dirk?

—Justamente —concordó él.

## CAPÍTULO VIII

—¡Jerkins!

El mayordomo mecánico atravesaba lentamente el vestíbulo y se detuvo al oír la voz de Pecknill.

—¿Señor? —dijo respetuosamente.

—Hemos intentado ir a Naidlane, para avisar a la Policía. No lo hemos conseguido.

—Yo envié a Kenny, señor —manifestó Jerkins.

—Para hablar con el sargento MacCaithane, sin duda.

—Con el humano encargado de la policía en dicha población, señor.

—Jerkins —intervino la joven—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Soy un robot, señorita. Mi deber es obedecer a los humanos.

—Usted sabe que su amo está muerto —dijo Nellie.

—El humano que se hacía pasar por nuestro amo, señorita.

—Ah, de modo que usted lo sabía.

—Lo supe más tarde, señorita.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Antes no pude hacerlo. El respeto me lo impedía. Sin embargo, después de muerto, sí puede examinarle con toda atención.

—Pero eso significa que si otro humano se presenta con la apariencia de Sgrudder, usted lo aceptará como tal.

—Mientras él diga que es Sgrudder, yo estaré obligado a aceptarlo.

—Vaya un conflicto —rezongó Pecknill—. Jerkins, dígame, ¿conserva memoria en sus circuitos de la llegada del señor Kilsthom?

—Sí, señor. Es el fantasmólogo.

Pecknill se puso una mano delante de la boca, para no soltar el trapo de la risa.

El ruido de un coche se oyó en aquel momento en el exterior.

—Con el permiso de los señores —dijo Jerkins.

Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Un hombre de cierta edad entró en la casa, seguido de Kenny, el chófer.

—Hola —dijo—. Soy el agente MacTrugy. Me han informado de que se ha cometido un asesinato en esta casa.

—El segundo, agente —manifestó Pecknill.

—Siempre dije que Highwatch Tower era un lugar propicio al derramamiento de sangre. Si de mí dependiera, haría demoler este lugar diabólico, sin dejar piedra sobre piedra. Está bien, Jerkins, ¿quiere acompañarme a lugar donde está el fiambre?

—Sí, señor.

—Un momento, por favor, agente —llamó Nellie.

MacTrugy se volvió.

—Señora...

—Señorita. Mi nombre es Nellie Goddess y deseo hacerle una pregunta.

—Muy bien, señorita Goddess.

—Oiga, agente... ¿No le extraña a usted tener que actuar con unos robots como testigos, además de algunos seres humanos?

MacTrugy se echó a reír.

—Señorita, si quiere que le diga la verdad, en mi oficio prefiero tratar con robots, dicho sea sin ánimo de ofenderles a ustedes —contestó—. Claro que esto no es muy frecuente, pero de conocer al doctor Sgrudder, ya no me extraña en absoluto. Créame, ojalá todos los seres humanos fueran como los robots. No habría crímenes, ni violaciones de la ley ni...

—Está bien, agente, muchas gracias.

—Le diré una cosa, señorita. Hace algunos meses, cuando mi esposa estaba enferma, el profesor Sgrudder me prestó a uno de sus robots para que me ayudara en las faenas de la casa. Casi lamenté la curación de mi esposa —añadió MacTrugy con una sonora risotada.

El hombre y el robot se dirigieron hacia la escalera. Cuando ya subían, Pecknill se acordó de repente de una cosa.

—Jerkins.

El robot se volvió.

—Sí, señor.

—¿Ha visto usted a la señorita Orcuphar?

—No, señor, no la he visto desde esta mañana, señor.

MacTrugy y el mayordomo mecánico continuaron su camino. Pecknill y Nellie cambiaron una mirada.

—Efectivamente, Sgrudder-muerto, no era Sgrudder. —Vivo— dijo la joven.

—¿Por qué mencionaría al sargento MacCaithane?... —murmuró Pecknill, meditabundo.

—Simplemente, por distraer nuestra atención. Escuchamos el nombre de un funcionario de la policía y ya no nos preocupamos de más.

—Sí —convino él—, pero me sigue extrañando la falta de Thia.

—Quizá ha vuelto a su dormitorio, Dirk.

—Vamos a ver si está, Nellie.

La habitación de la adivina estaba vacía.

Todo aparecía en orden, como si su ocupante hubiera salido a dar un paseo.

—¿Cómo llegó Thia a Highwatch Tower? —preguntó Pecknill.

—En coche, supongo, como todos nosotros —respondió Nellie.

—Un momento —dijo él—. Cuando nosotros salimos hacia Naidlane, había cuatro automóviles: el de Sgrudder, el de usted, otro más y el mío.

—Un coche tiene que ser de Brobb o de Thia, Dirk.

—Pero es posible que Thia llegase en taxi, como lo hicieron Beryl y Daisy.

—En tal caso, su paseo dura ya demasiado tiempo, a menos que haya tenido el ánimo suficiente para ir a pie hasta Naidlane y, desde allí, abandonar la región. Pero es que ni siquiera falta su bolso de mano, ni el maletín de fin de semana...

Fuera, en el pasillo, sonaron voces. Pecknill se acercó a la puerta y la abrió.

Dos de los sirvientes, en unas improvisadas angarillas, se llevaban el cuerpo del falso Sgrudder. MacTrugy y Jerkins, iban tras el fúnebre grupo.

—No se preocupe, Jerkins —decía el policía en aquel momento—, yo me encargaré de todo. Y cuando vea al profesor Sgrudder, salúdele en mi nombre.

—Así lo haré, señor MacTrugy —contestó el mayordomo respetuosamente.

Beryl se asomó a la puerta de su habitación y lanzó un gemido al ver la comitiva. Luego divisó la pareja y corrió hacia ellos.

—Esto es horrible —se quejó—. No sé adónde vamos a parar, si se siguen cometiendo asesinatos en esta casa...

—Por muy poco, no ha habido dos más —contestó Pecknill.

—¿Cómo dice usted, Dirk? —se asombró la mujer.

—Simplemente, alguien quitó el poste indicador, nos confundimos de camino y fuimos a parar al pantano, en cuyo fondo se encuentra ahora mi coche. Por poco no lo podemos contar, Beryl.

—¡Qué espanto! Eso es cosa de la Mano de Fuego...

—Eso es cosa de la mano del hombre —rezongó el joven malhumoradamente—. Por cierto, ¿ha visto usted a la adivina?

—¿A ese espárrago con faldas? No, Dios me libre —contestó Beryl con claro gesto de desprecio.

—Falta de la casa desde esta mañana y se sospecha que haya sido ella la asesina del falso Sgrudder.

—¿Cómo? ¿Quiere decir usted que el muerto no es mi amigo Jay?

—Exactamente, Beryl. Por eso andamos buscando a Thia, para que nos diga si mató o no al hombre que se hacía pasar por Sgrudder..., y para que diga también si en algún momento llegó a conocer la suplantación de personalidad.

—Me siento estupefacta —declaró Beryl—. Dirk, yo conocía bien a Sgrudder. Si se trataba de un engaño, es preciso admitir que estaba hecho con gran realismo.

—Sí, pero ¿por qué? —intervino Nellie—. ¿Por qué, cierto desconocido, cuyas intenciones ignoramos, quiso suplantar al profesor Sgrudder?

—Hay una cosa que me extraña —musitó Pecknill—. ¿Cómo pudo el suplantador pasar por Sgrudder, sin que una máquina tan perfecta como es Jerkins, pudiera reconocerlo?

—Dijo que luego había advertido...

Pecknill se volvió hacia la joven.

—Nellie, eso lo dijo después de que lo vio muerto, no antes —exclamó.

—En resumen, que estamos donde estábamos —dijo Beryl.

—Todavía no. Ahora, lo que debemos hacer es buscar a Thia. Presiento lo peor —manifestó Pecknill.

—¿Cómo? —Se estremeció Nellie—. ¿Sospecha que haya podido morir?

—Son demasiadas horas ya las que falta —respondió el joven sombríamente.

La cena se desarrolló en un ambiente tenso y deprimido al mismo tiempo. Ni siquiera las chanzas de Kilsthom lograron elevar el tono.

Thia faltó. Nadie, ni Jerkins ni los otros robots, tenían la menor noticia de dónde podía hallarse, ni siquiera sabían si se había marchado de Highwatch Tower, aterrada por su acción.

—Como sea, el buen MacTrugy se encargará de todo —dijo Kilsthom—. En cuanto a mí, esta noche voy a dedicarme a la caza de la Mano de Fuego.

Daisy se sintió horrorizada.

—¿Va a salir a perseguir al fantasma? —preguntó.

—A eso he venido aquí —respondió Kilsthom, muy complacido—. Hace ya tiempo que deseaba hacerlo, y hasta ahora no he tenido tiempo de aceptar la invitación de Sgrudder. Por supuesto, no pienso cazar a tiros al fantasma, sino, solamente, tomarle algunas placas con mi cámara fotográfica.

—¿En la noche? —se extrañó Beryl.

—Tengo dispositivo de rayos infrarrojos. Si la Mano de Fuego aparece, obtendré unas fotografías realmente sensacionales.

—Tenga cuidado, esa mano quema —dijo Daisy.

—Y mata —añadió Brobb.

—Me pregunto por qué mi querido Jay tuvo la ocurrencia de comprar una casa con fantasma —gimió Beryl—. Habiendo tantos lugares en el mundo, con sol todo el año, luz, calor, mar...

—Pero esos lugares no ofrecen el retiro que él deseaba para sus investigaciones, seguramente —opinó Pecknill.

Jerkins entraba en aquel momento en el comedor. Nellie concibió de repente una idea.

—Jerkins, el señor Sgrudder, imagino, tendrá un cuarto de trabajo o un laboratorio o algo por el estilo, ¿no es así? —preguntó.

—En efecto, señorita —contestó el impasible mayordomo mecánico—, pero la llave está en su poder y no se puede entrar en el lugar mencionado.

## CAPÍTULO IX

—¿Dónde está el laboratorio del profesor?

Pecknill se encogió de hombros al escuchar las palabras de la joven. Ambos se habían quedado a solas en el comedor, después de la cena.

Kilsthom había salido a la caza de la Mano de Fuego, cargado con sus artefactos fotográficos. Los demás se habían retirado a sus habitaciones.

—No tengo la menor idea —respondió el joven—, pero ¿por qué le llama usted profesor? No sabía que lo fuera...

—Tiene un par de títulos de *doctor honoris causa*, y hasta impartió un semestre en la universidad de Liverpool.

—En resumen, un título más bien honorífico.

Nellie asintió. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Pecknill, galante, se lo encendió.

—De todas formas, es Thia la que más me preocupa por ahora —añadió la joven.

—Antes dije que temía lo peor. ¿Por qué no investigamos un poco? —sugirió él.

—¿Dónde, Dirk?

Pecknill aspiró una larga bocanada de humo.

—Aguarde un momento —dijo—. Tengo una linterna en mi equipaje. Hay un sitio en el que no hemos estado todavía, aparte, claro está, del cuarto de trabajo de Sgrudder.

—¿A qué lugar se refiere usted?

—Al torreón. En los tiempos de las luchas tribales entre los distintos clanes de la comarca, era una torre tanto de defensa como de vigía.

—Por eso le dieron el nombre de Highwatch Tower.

—Exacto: Torre del Alto Centinela. Probablemente, quería decir que el centinela de esta casa estaba situado en un punto más alto

que los centinelas de otras casas rivales.

—Sí, es muy probable —convino ella.

Pecknill subió a su habitación y bajó a los pocos minutos. En unión de la muchacha, salió al exterior.

Sin más preámbulos, se dirigieron al torreón. Pecknill alumbró la puertecita de madera.

—No hay cerradura —dijo ella.

Pecknill hizo fuerza con la mano izquierda. La puerta cedió, con ligero gruñido de bisagras enmohecidas.

Entraron. Olía a humedad. El suelo era de tierra y había algunos matojos.

En lo alto de la torre, graznó un pájaro, molesto porque alguien le venía a interrumpir.

—Le hemos cortado el sueño —dijo Nellie.

Pecknill tragó saliva.

—Más bien, yo creo que le hemos interrumpido otra cosa: su cena —puntualizó.

Nellie alzó los ojos hacia el lugar que el joven alumbraba con su linterna y lanzó un grito de horror.

El negro pajarraco que estaba posado sobre el hombro izquierdo de Thia Orcuphar emprendió el vuelo con grandes aleteos, a la vez que seguía lanzando graznidos de protesta. Nellie volvió la vista a un lado, para no seguir contemplando el horrible espectáculo que tenía ante sus ojos.

Thia pendía por el cuello de una soga, cuyo otro extremo estaba sujeto a alguna parte de lo alto de la torre. Sus pies quedaban a casi dos metros del suelo. Ya le faltaba casi todo el lado izquierdo de la cara, incluido el ojo.

El aspecto que ofrecía la mujer era horrible. Pecknill sintió náuseas.

Nellie se tambaleó. Pecknill pasó una mano en torno a sus hombros.

—Vámonos —dijo—. Es preciso que avisemos a alguien para que venga a poner coto a esta carrera de crímenes.

Ella asintió. A Pecknill le daba pena dejar abandonada allí a la mujer, pero comprendía que no podía tocar nada, hasta que el lugar del crimen no hubiera sido examinado por la policía.

En la puerta, Nellie se detuvo y respiró profundamente.

—Se ha suicidado, horrorizada por su crimen —dijo.

Pecknill se volvió y alumbró de nuevo el interior.

—No, no se ha suicidado. La han asesinado —afirmó.

—¿Cómo puede saberlo, Dirk? —preguntó ella.

El joven no tuvo tiempo de contestar. Alguien, en una de las ventanas del edificio, lanzó un agudo alarido:

—¡Por allí! ¡La Mano de Fuego!

Era una voz de mujer. Pecknill y Nellie volvieron la vista.

Un resplandor rojo se divisaba a lo lejos. Impulsivamente, el joven echó a correr.

—¡No, quieto, Dirk! —gritó Nellie.

Pero él no hizo el menor caso y se abalanzó hacia la rojiza mano que se movía lentamente, suspendida en el aire, como flotando por sí misma, sin un brazo que la sostuviera. Al acercarse un poco, distinguió perfectamente los contornos de la fatídica mano.

Siguió adelante. No tenía más arma que su linterna, pero no temía a lo que estimaba no era sino una broma de mal gusto. Detrás de aquella mano que fosforescía en rojo, no había un ser humano, ávido de divertirse con sus supersticiones de los demás.

De repente, tropezó y cayó, dándose un fuerte golpe. Casi perdió el conocimiento. Durante unos segundos, el aturdimiento le hizo permanecer inmóvil.

La Mano de Fuego seguía acercándosele. Pecknill percibió claramente un fuerte calor. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se sentó en el suelo.

La ardiente mano bajó en busca de su pecho. Desesperado, Pecknill giró sobre sí mismo y rodó un par de veces en el suelo, esquivando el ataque del fantasma.

De pronto, se oyó una voz en las inmediaciones:

—¡Ya está, ya lo he conseguido! —gritó Kilsthom.

La Mano de Fuego, desapareció casi de repente. Pecknill se agarró al tronco de un árbol y se puso en pie.

Nellie corrió hacia él.

—¡Dirk! ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó.

Se oyó un crujido de hojarasca. Alumbrándose con la linterna, Kilsthom hizo acto de presencia.

—Hola, amigos —dijo, muy satisfecho—. Me siento contentísimo. He podido tirar un par de placas realmente

sensacionales.

—¿Está seguro de ello? —preguntó Pecknill, que ya empezaba a reponerse del golpe recibido en la caída.

—Absolutamente, querido amigo —contestó Kilsthom con gran énfasis—. No me gusta lanzar afirmaciones que luego no pueda sostener.

Pecknill se acarició la mandíbula.

—Su cámara, me imagino, podrá obtener fotografías con luz normal, me refiero a un *flash* corriente —dijo.

—Sí, claro aquí tengo todos los elementos...

—Lástima no haya usado la lámpara de destellos. Sus fotografías hubieran resultado aún más sensacionales.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Nada, pero, puesto que dispone de *flash*, haga el favor de venir con nosotros. Quiero que tome un par de placas de otro... tema, el cual, espero, le resultará también muy interesante.

—¿Qué tema, muchacho? —Quiso saber Kilsthom.

—Un cadáver.

Kilsthom miró alternativamente a la pareja.

Nellie asintió.

—El señor Pecknill dice la verdad —corroboró—. Yo también he visto el cadáver.

—Muy bien, siendo así, no hay inconveniente. Desconectaré el sistema de infrarrojos y pondré un objetivo normal. ¿Dónde está el muerto?

—Es... era una mujer —contestó Pecknill—. Venga con nosotros.

Kilsthom se unió a la pareja. Momentos después, llegaban ante el torreón.

—Está ahí adentro —indicó el joven.

Entró y alumbró con su linterna. Nellie manifestó su deseo de quedarse afuera, para no contemplar por segunda vez tan horrible espectáculo.

Kilsthom entró con el joven, cuya linterna alumbraba el interior del torreón. Al cabo de unos segundos, Kilsthom se volvió hacia Pecknill.

—Muchacho, ¿tiene usted ganas de broma? —preguntó—. ¿O quizá ha sufrido alguna pesadilla?

Pecknill guardó silencio. Intrigada, Nellie, desde afuera,

exclamó:

—Dirk, ¿qué es lo que sucede?

—Muy sencillo: no hay ningún cadáver, Nellie.

Envuelta en una bata, con el pelo revuelto, Beryl bajo al comedor, en donde se habían reunido Pecknill, Nellie y Kilsthom.

—¿Qué ha pasado? ¿Han visto la Mano de Fuego? —preguntó atropelladamente.

—Sí —contestó Pecknill.

—Y está aún vivo —exclamó Beryl con acento de admiración.

—De milagro o poco menos. Pero en cambio, Thia ha muerto.

Beryl se dejó caer sobre una silla. Daisy, que llegaba en aquellos momentos, lanzó una interjección.

—¡Muerta! —exclamó.

—Ahorcada, para más detalles —dijo Pecknill.

—Sin duda, se suicidó, devorada por los remordimientos que le producía su crimen —manifestó Beryl.

Nellie fue a decir algo, pero una mirada de Pecknill la hizo callar. Por el momento, no era conveniente mencionar el asesinato de la adivinadora.

—Pero yo no he visto su cadáver —insistió Kilsthom.

—Alguien lo habrá escondido. —Gruñó el joven, muy descontento por el giro que tomaban los acontecimientos.

Kilsthom se encogió de hombros.

—No conocí a esa señora, lo cual no significa que no lamente su muerte, suponiendo que realmente esté muerta —dijo—. Pero mi interés se centraba en obtener un par de placas de la Mano de Fuego, y eso lo he conseguido plenamente.

Pecknill fijó los ojos en el individuo.

—¿Cuándo piensa revelar los negativos? —preguntó.

—Oh, lo haría ahora mismo, si quisiera. Pero estoy cansado y quiero dormir un rato...

—¿Tiene medios para revelar las fotografías?

—Por cierto que sí. Siempre me llevo mi laboratorio fotográfico portátil, así puedo disponer de las fotografías con rapidez. Pero en esta ocasión, no sólo he tirado un par de placas, sino que he visto al famoso fantasma. Y hay dos testigos que pueden corroborarlo, de modo que no tengo prisa por empezar la labor de revelado. Esperaré a mañana —decidió Kilsthom, tercamente.

Pecknill se dio cuenta de que no conseguiría persuadir al hombre de que revelase las fotografías inmediatamente. Por otra parte, había algo que le preocupaba más todavía que un fantasma en el que no creía en absoluto.

—Está bien —dijo—. ¿Me avisará apenas tenga las fotografías?

—Por supuesto, amigo mío. Y, ahora que recuerdo, ¿dónde está Sgrudder? ¿Saben ustedes algo de él?

—Eso es lo que queríamos: saber algo de Sgrudder —contestó Pecknill ceñudamente.

—Estará en alguna parte. Bueno, ya volverá —dijo Kilsthom con voluble acento—. Repito, me siento muy cansado y voy a dormir.

El individuo se marchó. Pecknill quedó a solas con las tres mujeres.

—Por cierto, ¿dónde está Brobb? —preguntó, extrañado.

—Oh, ése duerme como un leño —contestó Berly desdeñosamente—. Cae en la cama como si fuese un saco de cemento y ni un cañonazo en el oído podría despertarle.

Daisy se puso en pie.

—Me voy a dormir. Es decir, a intentar dormir —dijo con voz asustada.

—Les daré un consejo, señoritas: ciérrense por dentro con doble vuelta de llave —indicó Pecknill.

—Yo pondré una barricada de muebles en la puerta de mi dormitorio —aseguró Beryl.

Pecknill y Nellie volvieron a quedarse solos.

—Dirk, ¿no le parece extraño que Sgrudder no haya aparecido hasta ahora? —preguntó ella.

—Si está muerto, no tendría nada de extraño que no apareciese. Pero, ahora que lo pienso mejor, debe de seguir con vida. Dónde, no lo sé, pero tengo la certidumbre de que está vivo.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa, Dirk?

—Alguien se molestó en crear un doble, para que su ausencia no se notase. Pero luego, al darse cuenta de que alguien habría descubierto el engaño, lo asesinó.

—¿Quién descubrió el engaño?

—Thia Orcuphar. Por eso murió también, para fue todo el mundo creyese que se había suicidado, presa de los remordimientos originados por su acción. Pero, en realidad, para que no dijese la

verdad..., o quizá algo que no convenía que se divulgase. Sea lo que sea, una cosa es segura: Thia ya no hablará.

## CAPÍTULO X

Empujó la puerta del torreón y miró hacia arriba.

En tiempos, había habido una escalera de caracol, que se enroscaba, sujetos los peldaños a la pared interior. Había salientes de piedra para reforzar los escalones, que fueron de madera en su mayor parte. Un entramado de vigas constituía la armazón de la escalera, que ahora faltaba a partir de unos dos o tres metros del suelo.

A diez metros, se veía una plataforma transversal, de vigas y tablones, con un gran hueco en el centro. La cuerda de la que pendía el cadáver de Thia había estado sujeta a una de las vigas de la plataforma.

Pecknill permaneció unos instantes en la entrada. Y luego avanzó unos pasos, a fin de mirar hacia arriba a través del hueco de la plataforma.

Apenas lo había hecho, oyó un sordo zumbido.

Saltó hacia atrás. Algo chocó contra el suelo con tremenda fuerza.

Pecknill contempló asombrado la piedra, de forma cúbica, que había caído de lo alto. Estaba vivo por fracciones de segundo.

La voz de Nellie sonó en aquel momento en la puerta:

—¡Dirk! ¿Qué está haciendo? —preguntó.

Pecknill se volvió. Sonrió y, señalando la piedra con la mano, dijo:

—Trataba, simplemente, de salvar mi vida.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—Aquí hay gente a la que le molesta la curiosidad ajena. Alguien ha lanzado esa piedra desde lo alto del Torreón.

Nellie dio un par de pasos hacia adelante, pero él la retuvo por un brazo.

—Cuidado. El asesino puede estar todavía allá arriba —avisó, a

media voz.

—Sí, pero ¿cómo ha conseguido subir, si falta la escalera?

—Si se trata de un hombre ágil, la cosa no habrá tenido mayores dificultades para él. Pero, en cambio dudo mucho de que Thia lo hiciese para suicidarse. Los suicidas, en general, optan por una muerte rápida y lo más cómoda posible.

—Ahora ya entiendo —dijo Nellie—. Por eso afirmó usted que se trataba de un asesino.

—Exactamente. Vamos afuera, quiero comprobar una cosa.

Ella le siguió. Pecknill fue dando la vuelta al torreón, sin dejar de examinar atentamente sus muros. Pero en ninguna parte pudo ver señales de alguna escalera exterior.

De repente, oyó graznidos.

Arriba, a unos quince metros del suelo, hacia el lado Norte, se divisaba un agujero, por el que entraban y salían revoloteando varios pajarracos de negro plumaje.

—Son cuervos y tienen allí sus nidos —dijo Nellie.

Pecknill calló. Nellie le miró inquisitivamente.

De pronto, Pecknill exclamó:

—Voy a subir a lo alto de la plataforma interior.

—La escalera está cortada...

—Alguien subió antes que yo. ¿Por qué no voy a poder hacer lo mismo?

De repente, se abrió una ventana del piso superior de la casa.

—¡Suban, pronto! —chilló Beryl—. ¡La Ma...!

Y ya no pudo decir más, porque, de súbito, perdió el conocimiento y se derrumbó sobre el antepecho.

Durante unos segundos, Pecknill llegó a creer que la mujer iba a vencerse hacia afuera, pero no ocurrió lo que esperaba. Beryl quedó allí, inmóvil, con los brazos colgando hacia afuera.

—Vamos, rápido —dijo Nellie.

Echaron a correr. Jerkins apareció en el vestíbulo.

—¿Puedo ayudarles en algo? —se ofreció, solícito.

—Ahora se lo diremos —contestó Pecknill.

Llegaron al piso superior. Daisy estaba en la puerta de su dormitorio.

—¿Qué es lo que pasa? He oído gritar a Beryl...

—Ha visto algo y se ha desmayado, no sabemos más —dijo

Nellie.

Daisy corrió al cuarto de su amiga. Abrió la puerta y lanzó un chillido que hizo retemblar las paredes.

—¡Está muerta! ¡La han asesinado!

Pecknill la apartó casi con violencia. Llegó junto a Beryl y la levantó a pulso, llevándola a su cama.

—Está desmayada —confirmó—. Traigan un poco de agua.

Nellie trajo un vaso lleno, cuyo contenido fue a parar a la cara de la mujer. Beryl saltó en la cama.

—¡La Mano de Fuego otra vez! —gritó, sobresaltada.

—¿Dónde? —preguntó el joven.

—Al lado... El cuarto contiguo...

—Es el que ocupa Kilsthom —indicó Daisy.

Pecknill dio media vuelta y salió disparado, Jerkins llegaba en aquel momento y tuvo que saltar a un lado, para evitar ser atropellado.

Instantes después, Pecknill entraba en el dormitorio de Kilsthom. Casi en el acto, pudo comprobar que Daisy no había visto visiones.

Kilsthom yacía en su cama, desnudo de la cintura para arriba. Sobre su pecho se veía la tétrica marca de la Mano de Fuego.

Al cabo de unos segundos, Pecknill se acercó a la cama. Con la mano tocó la mejilla de Kilsthom.

La frialdad de la carne le indicó que la muerte del aficionado a fotografiar fantasmas era un hecho evidente.

Desde la puerta, Nellie preguntó:

—¿Está muerto?

—Sí —contestó Pecknill, sin quitar la vista de la trágica señal.

—Jerkins, supongo que usted se encargará de avisar de nuevo al agente MacTrugy.

—Sí, señor; ahora mismo despacharé a Kenny para que vaya al pueblo —contestó el mayordomo.

—¿No hay noticias todavía del señor Sgrudder?

—No, señor.

Jerkins se marchó. Pecknill reflexionó unos instantes. De pronto, echó a andar, resuelto.

—¿Adónde va? —preguntó Nellie.

—A hablar con alguien que suele estar ausente cuando en esta casa se producen ciertos acontecimientos. —Le respondió él.

Sin llamar siquiera, Pecknill abrió la puerta.

—¿Señor Brobb?

—¿Quién es? —Sonó una voz en el contiguo cuarto de baño.

—Pecknill. Quiero hablar con usted, por favor.

Brobb asomó a la puerta del baño, cubierto con la bata. Tenía la cara llena de jabón.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Kilsthom ha muerto.

—¿Otro asesinato?

—Así es, señor Brobb.

La cara del individuo expresó consternación.

—Pero ¿qué pasa en esta maldita casa? ¿Es que aquí nadie tiene la vida segura?

—Lo que yo quería preguntarle es si ha oído usted algún ruido extraño —dijo Pecknill.

—En absoluto. Duermo como un tronco y ni un cañonazo lograría despertarme, una vez conciliado el sueño. Ése es uno de los secretos de mi buena salud: ocho horas de sueño ininterrumpido, pase lo que pase.

—Está bien, muchas gracias —dijo.

—Oiga, un momento —exclamó Brobb—. ¿Por qué han asesinado a Kilsthom?

—Ha sido la venganza de un fantasma —sonrió el joven.

—¿La Mano de Fuego?

—Sí, justamente.

—No sabía que los fantasmas fuesen vengativos.

—Quizá sólo se les despierta el espíritu de venganza cuando se les toman fotografías sin permiso —respondió el joven cáusticamente.

—Oh, de modo que fue eso —dijo Brobb.

—Considerando que todos los aparatos, cámara y objetivo y proyector de infrarrojos, han desaparecido de la habitación del señor Kilsthom, los motivos resultan muy explícitos, ¿no cree? Pero, por favor, siga afeitándose... y permítame que le felicite por dormir de manera tan estupenda.

Pecknill cerró la puerta.

—¿Por qué le ha dicho eso, Dirk? —preguntó Nellie al quedarse solos en el corredor.

—¿No se ha fijado usted en el aspecto de Brobb? Delgado, cetrino de rostro, ojos ligeramente saltones, labios delgados... Un tipo nervioso, en suma. Si duerme ocho horas de un tirón, no lo hace sin ayuda de sedantes, créame.

—Puede que no lo tome, Dirk.

—Entonces, no duerme ocho horas de un tirón y, al contrario de la que afirma, tiene el sueño muy ligero.

—Lo que significa que miente cuando dice que no ha oído nada.

—Exactamente, Nellie.

—Pero ¿es que tiene algún motivo para mentir?

—Si los tiene, no los hará públicos, como es de suponer.

Nellie llenó dos copas y entregó una al joven. Pecknill agradeció el gesto con una ligera sonrisa.

—Le veo muy pensativo —comentó ella.

—Sí.

Pecknill miraba a través de una de las ventanas del comedor. Sosteniendo su copa con ambas manos, Nellie dijo:

—Dirk, ¿cómo es posible que un robot se comporte exactamente como lo haría una persona?

—En el caso de Jerkins y sus compañeros, es preciso hablar de sus circuitos primarios de recepción, los cuales perciben las sensaciones externas: sonido e imagen. Unos circuitos secundarios analizan tales sensaciones y buscan la respuesta en los circuitos de almacenamiento de datos. Una vez hallada la respuesta conveniente, todo lo cual sucede en fracciones de segundo, el circuito que podríamos llamar de acción imparte las órdenes correspondientes y el robot contesta a las preguntas que se le formulan o actúa, si se le requiere para ello.

—Pero antes es preciso una grabación de datos mínimos, primordiales y elementales —adujo Nellie.

—Exacto. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que debe de contar también con circuitos que van grabando datos a medida que se producen incidentes en torno al robot. Esos datos pasan a los circuitos de memoria, que luego darán la respuesta adecuada, si reciben la excitación correspondiente en forma de pregunta, consulta su orden.

—Entiendo. En resumen, Jerkins es una computadora con figura humana.

—Exacto.

Pecknill tomó un sorbo de su copa.

—Pero le sigue preocupando la ausencia de Sgrudder —dijo Nellie.

—Más que la ausencia, yo diría el lugar en que ha sido secuestrado.

—Ah, usted cree en un secuestro.

—Firmemente, Nellie.

Ella se acercó a la ventana.

—¿Está dentro de la casa? —murmuró.

—Probablemente. Pero antes de buscarlo, quiero ver si encuentro el cadáver de Thia.

—¿Tiene alguna idea del lugar en que ha podido ser escondido?

—Sólo una vaga idea —contestó él—. Pero con probabilidades de que se convierta en realidad.

La puerta del comedor se abrió bruscamente.

Pecknill y Nellie se volvieron al mismo tiempo. Beryl, pálida y desencajada, estaba en el umbral.

—Daisy y yo queríamos irnos de esta horrible mansión, pero no hay ningún coche en el cobertizo —gimió.

## CAPÍTULO XI

Pecknill comprobó las afirmaciones de Beryl en pocos minutos. Regresó al comedor y dijo:

—Será mejor que usted y Daisy suban a sus habitaciones y se encierren con llave por dentro.

—Pero si seguimos aquí, acabaremos mal. Nosotras queremos marcharnos —exclamó Daisy, que había llegado un poco después de la otra.

—Lo siento, yo no puedo hacer nada para solucionar el problema del transporte. Les diría que se fuesen a pie, pero existe el peligro de la ciénaga. Esperen, se lo ruego.

—¿Cuánto? —preguntó Beryl.

Pecknill se encogió de hombros.

—¿Cree que yo mismo lo sé? —respondió—. Hagan lo que les digo; es la mejor solución. Por el momento, claro.

Beryl se volvió hacia su amiga.

—Estaremos juntas en una misma habitación —propuso.

Daisy asintió. Pecknill y la joven quedaron nuevamente a solas.

—Dirk, ¿no cree que aquí están ocurriendo demasiadas cosas raras, aun sin contar con las muertes violentas? —dijo Nellie.

—Sí, y todo ello tiene un motivo común, relacionado con Sgrudder.

—Con su asesinato, querrá decir; me refiero al del hombre que ocupaba su puesto.

—Porque el auténtico ha sido secuestrado, ¿no?

—Todos los indicios lo hacen suponer así, en efecto.

—De todas formas, hay algo que yo quiero hacer. Y ni usted ni yo estábamos soñando cuando vimos a Tilia Orcuphar colgando de una cuerda.

Nellie sintió un escalofrío.

—Sí, es cierto —convino—. Pero no sabemos dónde está ahora

el cuerpo de la pobre Thia.

—Eso es, precisamente, lo que quiero hacer: averiguar el paradero del cadáver.

—¿Cuáles son sus planes?

Pecknill la miró de pies a cabeza.

—Puesto que ya lleva pantalones, no es necesario que suba a cambiarse. Venga conmigo —dijo.

Nellie le siguió mansamente. Ya no había en ella nada del aire arrogante y majestuoso, pero también lleno de desdén, que la había caracterizado en los primeros días de su llegada a Highwatch Tower.

Pecknill tomó carrerilla, saltó hacia arriba y se agarró con ambas manos al primer peldaño de la semiderruida escalera que conducía a lo alto del torreón. Flexionó los brazos y se izó a pulso hasta el saliente.

—Temo que yo no podré hacer lo mismo —sonrió Nellie—. Los ejercicios que hago no cultivan mucho mis músculos.

—¿Para qué cree que me traje esta cuerda del cobertizo de los coches? —contestó él—. Vamos, meta el pie en el lazo y déjese izar.

Nellie obedeció. Pecknill sostenía uno de los extremos de la cuerda con ambas manos. En el otro, había una especie de estribo, en el que la joven metió su pie derecho. Pecknill tiró hacia arriba.

—Es usted terriblemente fuerte —dijo, admirada, al estar a su lado.

—Acudo a un gimnasio con cierta regularidad —explicó él. Recogió la cuerda y emprendió el ascenso—. Tenga cuidado; algunas de las tablas están podridas y si ceden...

Nellie evitó mirar hacia abajo. La escalera contorneaba el interior del torreón. De pronto, Pecknill frunció el ceño.

—Aquí parece que falta algo —dijo.

—¿Qué es, Dirk?

—Espere un momento a que lleguemos arriba para confirmarlo —respondió él.

Alcanzaron la plataforma. La escalera de caracol terminaba allí, pero había otra, de unos cuatro metros de altura, vertical, sujeta a la pared, que conducía a lo alto del sector almenado.

Pecknill emprendió el ascenso sin más dilación. Al llegar arriba, se volvió y dio la mano para ayudar a Nellie a pasar a la explanada

de forma circular que había en el interior de las almenas.

—Ya he encontrado lo que faltaba: espacio —dijo—. El torreón es mucho más ancho por el exterior, que por el interior, sobre todo, en el lado norte.

Nellie se fijó en una trampilla situada en el suelo, a pocos pasos de distancia.

—¿Adónde conduce? —preguntó.

—Ahora mismo vamos a saberlo.

Pecknill se inclinó y levantó la trampilla. Arrodillado, miró hacia abajo.

Había un hueco de un par de metros de anchura, entre las dos paredes del torreón. A tres metros, se veía un agujero abierto en la pared, sin duda por causas naturales.

Un poco más abajo, se divisaba una especie de descansillo o plataforma, en la que había un zapato de mujer.

—Eso es todo lo que queda de Thia —dijo él.

—¿Cómo? —se sorprendió Nellie.

—Los asesinos la izaron hasta aquí y luego se la llevaron Dios sabe dónde. Pero, sin duda, debieron de hacerlo de noche; en todo caso, no se dieron cuenta de que se olvidaban un zapato de la muerta.

—Y usted, ¿cómo dedujo que el cadáver podía estar aquí?

Pecknill señaló el agujero que había en el muro.

—Los cuervos entraban y salían por ese orificio —contestó.

—Entiendo. Dirk, la escalera sigue hacia abajo, aunque desde aquí no se ve el final —dijo Nellie.

—¿Le gustaría continuar la exploración?

—Tengo un pánico horroroso..., pero creo que aún es más grande mi curiosidad —sonrió la joven.

—Compartiremos el miedo y satisfaremos juntos la curiosidad —contestó Pecknill. Y añadió—: No olvidemos que ambos estamos aquí con la misma misión, aunque con intereses distintos.

—Es decir, somos competidores.

—Efectivamente. ¿Vamos?

Pecknill se introdujo el primero. Una vez puestos los pies en el descansillo situado inmediatamente bajo la trampa, alargó las manos para ayudar a la muchacha.

Continuaron el descenso. Pecknill no quiso tocar el zapato de

Thia.

—Es posible que se den cuenta de su falta y vuelvan a buscarlo —dijo—. Si no lo encuentran, podrían recelar y eso no nos conviene.

Paso a paso, fueron descendiendo. La escalera, muy angosta, descendía en

zig-zag

por aquella cámara vertical. Poco más tarde, se encontraban en la base interior del torreón.

—Aquí no se ve nada —dijo Nellie, después de mirar a derecha e izquierda.

Pecknill fue a decir algo, pero, de repente, oyó un terrible crujido en la parte superior.

—¡Atrás, Nellie, atrás! —gritó, a la vez que tiraba de la mano de la joven.

Una lluvia de piedras de gran tamaño cayó de las alturas. Los muros de la torre temblaron y la estructura pareció por un momento que se iba a convertir en un montón de escombros.

El estrépito cesó, pasados algunos segundos. La nube de polvo provocada por el desprendimiento se disipó poco a poco.

Entonces, Nellie vio algo que le hizo lanzar un gemido:

—¡Dirk, la escalera ha desaparecido!

Faltaban varios tramos de la escalera, desprendidos en el derrumbamiento, que alguien había provocado hábilmente, con el solo lanzamiento de algún pesado pedrusco. La parte inferior, lógicamente, era la más afectada y ahora el primer peldaño utilizable quedaba a unos cinco metros del suelo.

Pero el resto de los tramos de escalera había sido también muy afectado, de modo que lo que quedaba resultaba inutilizable por completo. Estaban pues, bloqueados en el interior del torreón, sin posibilidades de escapar, pensó Nellie.

Miró al joven. Pecknill no parecía demasiado afectado por el suceso.

—¿Es que no siente miedo? —preguntó, un tanto despechada.

—En otro sentido, sí, pero no me asusta lo ocurrido, puesto que no hemos recibido el menor daño —contestó él.

—¿Es que no ve que nos hemos quedado encerrados?

—Nellie, la escalera que alguien ha hundido no se construyó sin

algún objetivo. En alguna parte hay una entrada a algún subterráneo, ¿comprende?

—Sí, pero ¿dónde está?

—¿Le parece que empecemos a buscarlo?

—No sabe cuánto me alegro de que conserve su sangre fría —dijo—. Yo tengo los nervios a punto de estallar.

—Estamos embarcados en el mismo bote, y no lo digo sólo por lo que nos está pasando ahora —sonrió él. Por eso conviene que rememos juntos para salir adelante.

—El que me contrató para este trabajo, cometió un error mayúsculo —dijo ella resignadamente.

—¿Quién sabe, mujer? Tal vez, a última hora, consiga lo que busca.

—Mientras Sgrudder siga con vida...

Hablaban sin dejar de caminar lentamente por el fondo del torreón. De repente, Pecknill creyó pisar algo que sonaba a hueco.

—Un momento, Nellie, por favor —dijo.

Golpeó el suelo con el tacón y el sonido a hueco se repitió, aunque más acentuado.

Llegaba un ligero resplandor de la parte alta y ya tenían los ojos habituados a la penumbra. Pecknill se arrodilló en el suelo y separó la tierra con las manos.

La capa de tierra era muy fina.

—Una simple precaución —comentó él, a la vez que tiraba de la anilla que había en la plancha de hierro situada a ras del suelo.

Un hueco quedó al descubierto.

—¡Oh! Yo creí que... —exclamó Nellie.

—¿Pensó acaso que íbamos a encontrar la escalera que conduce al supuesto subterráneo?

—Usted mencionó esa posibilidad.

—Cierto, aunque no dije que resultase fácil.

Pecknill hacía algo a la vez que hablaba, sin que Nellie pudiese ver con claridad los resultados de su labor, debido a la falta de luz. De repente, vio que se encendía un resplandor rojizo y lanzó un chillido de pánico:

—¡La Mano de Fuego!

Delante de la joven apareció una mano roja, que despedía un intenso calor. Nellie retrocedió un paso, sin poder resistirlo.

—No tenga miedo, no pienso abrasarla —dijo Pecknill, sonriendo.

—¿CÓ... cómo lo ha conseguido?

—Está aquí abajo. Es, simplemente, una batería, conectada una resistencia eléctrica que tiene la forma de una mano gigantesca.

—Pero la mano se movía...

—La batería dispone de unas correas, que permiten transportarla a modo de mochila.

—Entiendo. Entonces, ¿no hay tal fantasma?

—Al fantasma no le habría importado que Kilsthom lo hubiera retratado. En cambio sí le importaba al sujeto que iba detrás de la mano y que, sin duda, apareció en las placas tomadas con infrarrojos.

—Ah, entonces, por eso mataron a Kilsthom e hicieron desaparecer sus cámaras y demás adminículos.

—Incluyendo el coche, en el que estaba su laboratorio portátil.

Nellie se acercó a la mano enrojecida. Era, en realidad, una plancha de hierro, forrada de amianto negro, encima del cual estaban las resistencias eléctricas que componían la figura de la mano fantasmal.

Una recia empuñadura, debidamente aislada, permitía sostener la mano en alto. Pero Nellie se creyó en el deber de formular una objeción.

—Sin embargo, no me parece que pueda matar a una persona —dijo.

—Espere un momento y verá.

Pecknill apretó un resorte que había en la empuñadura, bajo el interruptor de la corriente eléctrica. Se oyó un leve chasquido y un largo y afilado punzón surgió al instante de la plancha, con la velocidad del rayo.

—Eso es lo que mató a Eaton y a Kilsthom —dijo Pecknill.

Nellie sintió un escalofrío de horror. El joven continuó:

—Fíjese, el punzón surge en la base de los dedos índice y medio, de modo que perfora el corazón de la víctima de un modo instantáneo. Ordinariamente, la herida no sangraría o sangraría muy poco, pero las resistencias eléctricas cauterizan en el acto la piel, precisamente en el sitio donde ha penetrado el punzón.

—Sin embargo, una autopsia en regla descubriría el truco.

—¿Y quién practica esa autopsia?

—Bueno, el agente MacTrugy se llevó los muertos. Es de suponer que él se haya encargado de los trámites legales.

—Lo que MacTrugy se ha encargado de hacer, apostaría el sueldo de un año y ganaría, es lanzar los cadáveres a la ciénaga, donde nadie pueda encontrarlos jamás.

Nellie se estremeció.

—Entonces, es allí donde también ha ido a parar Thia —dijo.

—Desgraciadamente, es preciso pensar en esa eventualidad —convino Pecknill.

Hubo un momento de silencio. Luego, el joven desconectó la batería.

El resplandor se extinguió. Pecknill volvió el artefacto a su sitio.

—¿Piensa dejarlo ahí? —preguntó Nellie.

—Claro, ¿para qué me lo voy a llevar?

—Pero, así, podrán usarlo otra vez...

—No lo podemos evitar, muchacha.

De pronto, se oyó un ligero chasquido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nellie.

—Nada de particular, no se preocupe. ¿Vamos?

—¿Adónde, Dirk? Estamos encerrados, no podemos salir...

El joven sonrió sibilinamente.

—Venga —dijo.

Nellie siguió a Pecknill. Caminaron unos pasos y, de pronto, él se detuvo ante un trozo de la pared, a través del cual y por una delgada hendidura entraba un debilísimo rayo de luz.

—En alguna parte, quizá, debe de haber un resorte que permita la apertura de esta puerta secreta —dijo—. Pero yo no puedo entretenerme en buscarlo.

Levantó el pie derecho y pateó con fuerza la pared dos o tres veces. De pronto, se oyó un fuerte crujido.

Media docena de piedras cayeron hacia afuera, dejando un hueco de casi un metro de diámetro. Un chorro de luz y aire puro entraron en el acto por la abertura.

—¡Salvados! —gritó Nellie, sin poder contenerse.

—Es lo que se acostumbra a decir en semejantes ocasiones —convino Pecknill con amplia sonrisa.

## CAPÍTULO XII

—¿Han encontrado algo de particular?

—¿Dónde están los coches?

—¿Es que vamos a permanecer aquí toda la vida?

—¿Esperaremos mansamente a que nos corten el cuello?

Pecknill levantó ambas manos, como tratando de cortar el chorro de preguntas que fluían de labios de las dos mujeres. Brobb, ligeramente separado, pero también presente en el comedor, se portaba con mayor comedimiento.

—Opino que deberíamos resolver esta situación de una vez por todas —dijo.

—Tengan calma —rogó Pecknill—. Estamos bien atendidos, no nos falta de nada y Jay Sgrudder, tarde o temprano, acabará por aparecer.

—Muerto —dijo Beryl lúgubrementemente.

—Si arrojan su cuerpo al pantano, ¿cómo dice usted que puede aparecer? —preguntó Daisy.

—Todo lo que ustedes dicen tiene una base innegablemente lógica, pero no podemos hacer nada hasta que llegue Sgrudder —contestó Pecknill.

—Entonces, está vivo —dijo Brobb.

—Al menos, yo opino así.

—Ese condenado Jay... —refunfuñó Beryl—. Siempre fue muy aficionado a las bromas, pero ésta se pasa de la raya.

—En cuanto le vea, le arrancaré el pelo a tirones —prometió Daisy.

Jerkins entró en aquel momento, empujando un carrito con servicio de bebidas.

—Quizá los señores deseen tomar un aperitivo —dijo.

—¿Se sabe algo de los coches, Jerkins? —preguntó Daisy.

—¿Cuándo viene el señor Sgrudder? —gritó Beryl.

—No lo atosiguen —recomendó Pecknill—. Jerkins es un robot y, aunque puede coordinar lo suficiente para dar las respuestas que se le pidan, no puede hacerlo con tanta rapidez como un ser humano.

—Exacto, señor —corroboró el mayordomo mecánico.

Daisy se volvió hacia Pecknill.

—Yo creía que esta clase de máquinas eran más rápidas que los hombres —dijo.

—En el funcionamiento de algunos de sus circuitos, desde luego; pero no en sus respuestas, porque su sistema de fonación es, forzosamente, más lento que el nuestro.

—El señor tiene toda la razón —dijo Jerkins, impasible, con su inevitable acento despacioso y medurado.

—Pero, en resumen, ¿no va a poder decirnos dónde está Sgrudder? —clamó Daisy, exasperada.

—El señor Sgrudder es un humano y yo un robot. Me dio ciertas instrucciones, ordenándome que las cumpliese al pie de la letra. Es cuanto puedo decirles a ustedes, porque mi amo no se dignó decirme adónde se iba ni cuánto tiempo tardaría en regresar.

—Pero puesto que en esas instrucciones figuran las de atendernos como es debido, resulta lógico suponer que la vuelta del señor Sgrudder no puede ya demorarse demasiado —opinó Pecknill.

—Exactamente, señor —contestó Jerkins—. ¿Se sirven ustedes o prefieren que les sirva yo los aperitivos?

—No, gracias, ya nos serviremos nosotros. Puede marcharse, Jerkins —indicó el joven.

—Gracias, señor.

El mayordomo se retiró, tras una respetuosa inclinación. Daisy agarró una botella y con ella en la mano, miró hacia la puerta por la que acababa de desaparecer Jerkins.

—Estoy por apostar que nos encontramos prisioneros de esas máquinas —dijo.

Un coche se detuvo inesperadamente frente a la casa. En el piso superior sonó un grito de júbilo:

—¡Ahí está el policía!

Pecknill oyó el grito y salió de su habitación, lanzándose a todo correr escaleras abajo. MacTrugy aparecía en el vestíbulo, cuando él llegaba al pie de la escalera.

—Hola, amigo —saludó el policía desenvueltamente—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—A nosotros nos gustaría más saber qué ha obtenido usted de sus investigaciones —dijo Pecknill.

MacTrugy se encogió de hombros.

—No puedo decir aún nada. Para mí, todo está sumido en el mayor de los misterios...

—¿Ha ordenado practicar la autopsia al cadáver de Kilsthom?

—Por supuesto. Pero usted mismo pudo ver las causas de su muerte.

—Imagino que el médico de Naidlane le habrá entregado un informe completo.

—Completísimo, Kilsthom murió de miedo. Las quemaduras que se encontraron sobre su cuerpo no eran suficientes para matar a una persona de su complexión, a menos que padeciera del corazón, cosa que se ha demostrado era cierta.

Pecknill sonrió.

—Tiene usted argumentos para todo, Mac —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que trata de insinuar usted? —exclamó el policía, muy ofendido.

—En primer lugar, me gustaría saber si es usted realmente un agente de policía. ¿Tiene alguna credencial que lo pruebe?

MacTrugy pareció sentirse incómodo de pronto.

—Jerkins me reconoce como tal —contestó.

—Es un robot y si yo le digo que soy un célebre artista de cine, lo aceptará sin rechistar, porque es su obligación de máquina. Pero yo no soy un robot yo tengo capacidad de discernimiento en determinadas cosas a las que no alcanzan los circuitos previamente grabados del buen Jerkins.

—Si duda de mí, me iré...

—Sí dudo, en efecto, y en cuanto a irse, es algo que no estoy dispuesto a tolerar. Al menos, mientras no me diga usted dónde está secuestrado el profesor Sgrudder.

Nellie, las dos mujeres y Brobb se habían congregado en el vestíbulo. Todos miraban a MacTrugy con inusitado interés.

—Bien, si es policía, enseñe sus credenciales que le acreditan como tal —insistió el joven.

—No es necesario...

—Está obligado a ello —intervino Nellie.

Pecknill avanzó un par de pasos hacia el sujeto.

—A Kilsthom no lo mató la Mano de Fuego —dijo—. Es posible que eso pudiera ocurrir con un tipo como Eaton, pequeño y de débil complexión, pero no era éste el caso de Kilsthom, recio y fornido. Lo que realmente le mató, fue el punzón que hay en el artilugio con el que cierta persona se obstina en representar a lo vivo la leyenda de la Mano de Fuego. ¿Me equivoco, Mac?

Hubo un momento de silencio. Pecknill dio otro paso hacia el policía.

—Por última vez, ¿dónde está Sgrudder? —exigió.

De súbito, MacTrugy dio media vuelta y echó a correr. Abrió la puerta y salió fuera, precipitándose sobre su coche.

Pecknill se lanzó tras él. Cruzó el umbral, en medio de un griterío formidable, y trató de alcanzar al fugitivo.

Súbitamente, se oyó un disparo.

MacTrugy corrió un par de pasos más. De repente, cayó de bruces al suelo.

Pecknill retrocedió, prudente. Pero no hubo más disparos.

Desde la puerta de la casa, pudo apreciar la mancha de sangre que había en la nuca del falso policía.

La puerta del dormitorio se abrió de repente. Pecknill estaban comentando lo ocurrido y se volvieron en el acto.

Daisy y Beryl entraron en la habitación. Pecknill advirtió que las dos mujeres estaban invadidas por el pánico.

—Estamos encerrados en la casa —dijo la primera.

—Hemos querido salir, para apoderarnos del coche de MacTrugy, pero todas las puertas están cerradas herméticamente.

—Y también todos los postigos de las ventanas de la planta baja.

Daisy se sentó en una silla y rompió a llorar afligidamente.

—Estamos condenados. Vamos a morir aquí —gimoteó.

Pecknill y la muchacha cambiaron una mirada. Luego, él, se acercó a Daisy y procuró consolarla.

—Animo, mujer, esto no puede durar ya mucho —dijo.

—Claro, si nos matan a todos...

Nellie se sentía también preocupada.

—Dirk, ¿por qué habrán cerrado puertas y ventanas? —murmuró.

—No lo sé, pero todo esto tiene relación con la desaparición de Sgrudder —contestó el joven.

—Aún no sabemos quién mató a MacTrugy.

—Pertenecía a la banda, eso está fuera de toda duda.

—¿Qué banda, Dirk?

—Mujer, la que tiene secuestrada a Sgrudder. El asesino tuvo tiempo sobrado de esconderse sabía que yo no iba a enfrentarme con él, estando desarmado.

—Sí, pero ¿dónde está Sgrudder? —exclamó Beryl, también con los nervios a punto de estallar.

—¿Y qué me dice usted de su laboratorio? ¿Por qué Jerkins no nos ha permitido que le echemos un vistazo? —dijo Daisy.

—Recuerde: Sgrudder se llevó la llave. No podemos entrar en él sin su permiso.

—Entonces, ¿hemos de aguardar mansamente a que nos degüellen, como ovejas en el matadero? —Sollozó Beryl.

—Todavía estamos vivos —dijo el joven. Sin embargo, su interior, reconocía que habían llegado a una situación hartó crítica.

Miró a Nellie. La joven aparecía serena, aunque su rostro estaba invadido por una blancura casi espectral.

—Dirk, tenemos que hacer algo o, de lo contrario, acabaremos como los otros: en el pantano —dijo.

Pecknill asintió.

—Ya estuvimos a punto de caer allí una vez, lo que significa que resultamos incómodos para alguien —contestó—. Pero usted tiene razón: no podemos cruzarnos de brazos.

Y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—¿Adónde va usted? —preguntó la muchacha.

—Es hora de empezar a actuar —respondió él.

Se asomó a la puerta y llamó con potente voz:

—¡Jerkins!

## CAPÍTULO XIII

Sonaron unos pasos lentos y mesurados en la escalera, Jerkins se hizo visible a los pocos momentos.

—¿Llamaba el señor? —preguntó.

—Sí, en efecto..., aunque, ¿cómo ha podido saber que he sido yo y no el señor Brobb, por ejemplo?

—Mis circuitos auditivos me permiten identificar instantáneamente los matices de dos voces distintas, señor.

—Ah, ya entiendo. Por cierto, son ustedes cuatro robots.

—Sí, señor.

—Kenny, el chófer; Thorples, el cocinero; usted..., ¿quién es el cuarto? Apenas si lo vemos, Jerkins.

—Rupert, el jardinero y también camarero, señor. Pero ustedes apenas lo ven, porque arregla las habitaciones cuando sus ocupantes se hallan ausentes.

—Ah, ya entiendo. Por cierto, Jerkins, me gustaría pedirle un favor.

—Estoy a su entera disposición, señor.

—Verá, soy ingeniero y pertenezco a la Hanksmill Mechanics. Entre nuestros proyectos figuran toda clase de computadoras... En fin, estoy bastante impuesto del asunto en lo que se refiere a cibernética.

—Una buena noticia para un robot, señor —dijo Jerkins.

—Gracias. Por eso quiero que me enseñe nuevamente su mecanismo pectoral. Uno de los motivos de mi estancia aquí es hablar con el señor Sgrudder de la cesión de una de sus patentes y... ¿Quiere desabrocharse el chaleco y la camisa, Jerkins?

—Sí, señor.

Daisy volvió la cara a un lado.

—No quiero verle las tripas a un robot —dijo gemebundamente.

Nellie frunció el ceño. ¿Adónde quería ir a parar Dirk?, se

preguntó.

Jerkins se desabrochó el chaleco y la camisa. Como la vez anterior, tocó un resorte y parte de sus mecanismos quedaron instantáneamente al descubierto.

Pecknill dio un paso hacia adelante y se inclinó un poco. Luego, enderezándose, miró con fijeza a Jerkins.

—Usted no es un robot —dijo.

Nellie se llevó una mano a la boca, para evitar un grito de susto. Beryl pegó un salto en la silla.

—El señor bromea —dijo Jerkins—. ¿Qué más pruebas quiere...?

—Jerkins, déjeme que le diga una cosa —le interrumpió Pecknill—. A decir verdad, usted y sus compinches desempeñan perfectamente el papel de robots: llevan ese maquillaje metálico, de tonos bronceados sus manos están constantemente enguantadas; hablan lenta y mesuradamente se mueven sin prisas..., y hasta, cuando lo necesitan, recargan sus baterías. Quiero decir que lo simulan, por supuesto. Pero usted cometió un error, un monumental error, y aunque yo no lo supe ver en aquel momento, ahora, cuando he empezado a recelar de ustedes, cuando he visto que esos cables y esos circuitos son sólo una pura engañifa, lo he recordado y ella me ha servido para confirmar mis sospechas, las que concebí el día en que asesinaron a un honesto fantasmólogo, cuyo único pecado había consistido en fotografiar al sujeto que portaba una Mano de Fuego enteramente artificial.

Una ligera sonrisa de burla apareció en los delgados labios de Jerkins.

—Puesto que el señor, sin duda, es tan listo, no tendrá inconveniente, espero, en decirme qué le hizo sospechar que yo no soy un robot —dijo.

—¡Entonces, lo admite! —exclamó Beryl, pasmada.

—Como robot, que debe obedecer las órdenes de los humanos, mi obligación es aceptar cuánto éstos me digan. Si me ordenan decir que no soy un robot, tendré que decirlo —contestó Jerkins, volviendo a su impasibilidad habitual.

—Jerkins, usted y sus compañeros se han movido siempre con cierta lentitud, puesto que, siendo robots, menos en apariencia, no podían correr ni moverse con la agilidad de unos humanos. Pero el

día en que murió Kilsthom, yo salí corriendo del cuarto en donde estaba Beryl desmayada. Le hubiera atropellado, sin duda alguna, a no ser porque usted me esquivó con un ágil salto, impropio sin duda de un robot.

—Mis circuitos de memoria recuerdan perfectamente el incidente, señor —dijo Jerkins—. Pero hay ocasiones, en que incluso un robot debe reaccionar enteramente como un ser humano. Por eso salté, aunque, he de reconocer, no es muy frecuente en mí.

Nellie miró desesperadamente al joven. ¿Era que Dirk no iba a poder destruirlos, en apariencia, sólidos argumentos del mayordomo?

Pecknill sonreía. De pronto, dijo:

—Jerkins, usted asegura que es un robot.

—Sí, señor.

—Por tanto, está dispuesto en todo momento a cumplir las órdenes de los humanos.

—Sí, señor.

Pecknill metió la mano en su chaqueta y sacó una pistolita de pequeño calibre.

—Tome, Jerkins, le ordeno que acerque el cañón de ese arma a su sien derecha y que apriete el gatillo —dijo.

Nellie lanzó una exclamación de asombro. Beryl y Daisy contenían el aliento.

Hubo un momento de silencio. Jerkins parecía vacilar.

Al fin, alargó la mano y cogió la pistola.

—Sí, señor, lo que ordene el señor. Me pegaré un tiro —dijo.

Nellie contenía el aliento. De súbito, Jerkins apuntó con el arma a su dueño.

—Está bien, lo ha descubierto todo —exclamó—. Pero no le dejaré que lo repita a nadie.

—¿Va usted a matar también a las mujeres? —preguntó Pecknill, sin inmutarse.

—Usted mismo acaba de poner en mis manos el arma que me facilitará esa desagradable pero necesaria labor —sonrió el mayordomo.

Pecknill avanzó hacia Jerkins.

—¡Quédese quieto! —gritó Jerkins—. No de un solo paso más o...

—Yo no soy un robot —contestó el joven, burlón—. Y la pistola está descargada.

Jerkins pareció desconcertarse un momento. Bajó la vista instintivamente para contemplar la pistola, pero antes de que pudiera rehacerse, Pecknill disparó su puño derecho y alcanzó de lleno la mandíbula del falso robot, lanzándolo sin sentido a varios pasos de distancia.

—Uf, qué alivio —dijo Daisy.

—¡Bravo! —gritó Beryl, palmoteando jubilosamente.

—Estas cosas van a acabar con mis nervios —suspiró Nellie.

Sonriendo, Pecknill se inclinó y recogió el arma, que guardó nuevamente. Luego se acercó al caído y examinó un instante la supuesta tapa de sus mecanismos.

Al cabo de unos segundos, la agarró con ambas manos y tiró con fuerza. Una caja cuadrada, de unos siete u ocho centímetros de profundidad, se despegó de su cuerpo, llevándose consigo los trozos de falsa piel que servían para completar el engaño.

—Ni robot, ni cosa que se le parezca; sólo el miembro de una banda de forajidos —dijo.

—Entonces, lo hacían para impresionar a los extraños. —Adivinó Nellie.

—Exactamente.

—Sí, pero ¿por qué?

—Sin duda se encontraron con nuestras visitas y decidieron poner en marcha este plan. Mejor dicho, lo tenían decidido ya, esperando que los invitados de Sgrudder, a quienes no podían rechazar sin provocar sospechas, se marchasen lo más pronto posible.

—De todas formas, seguimos sin conocer el paradero de Sgrudder.

—Habrà ido a parar a la ciénaga —gimió Beryl.

—Pobre Jay. Tan bueno, tan simpático, tan amable y cariñoso... —dijo Daisy, muy afligida.

—Sgrudder está vivo —insistió Pecknill—. Nuestro problema estriba ahora en encontrar el lugar donde lo han escondido.

Paseó la vista por el interior de la habitación. De pronto, exclamó:

—Nellie, traiga una sábana. Voy a rasgarla en tiras. La escalera

interior daba a la puerta.

—Muy bien, Dirk. ¿Y después?

—Buscaremos a Sgrudder por toda la casa, aunque tengamos que demolerla piedra por piedra —contestó el joven resueltamente.

Seguido de las tres mujeres, Pecknill se dirigió a la habitación de la planta baja, donde había visto a los cuatro supuestos robots la primera noche de su llegada, y abrió la puerta.

La habitación estaba desierta. Pecknill encendió la luz y examinó atentamente las tomas de corriente, mediante las cuales los robots deberían haber recargado sus baterías.

—Teatro, puro teatro —dijo al cabo de unos minutos.

—Pero estaban aquí. Usted los vio. ¿Cómo pudieron situarse tan puntualmente? —preguntó Nellie, asombrada.

—Estoy seguro de que en mi habitación hay, por lo menos, un objetivo de una cámara de televisión. Ello les permitió ver que salía a deshoras y se situaron en posición de desempeñar mejor su papel de robots.

—Y ahora, ¿dónde están los otros tres? —preguntó Beryl.

Pecknill se mordió los labios. Tanteó las paredes con los puños, pero no logró captar ningún sonido a hueco.

—¿Qué es lo que busca, Dirk? —preguntó Nellie.

—Una habitación secreta, pero, en todo caso, no se entra por aquí —respondió el joven.

—El torreón...

—No, no lo creo. Allí sólo están los instrumentos con los cuales se simulaba la existencia de un fantasma. La escalera interior daba a la puerta.

Bruscamente, se volvió y se dirigió con paso rápido hacia la cocina.

Estaba desierta. No había rastro alguno de Thorples, el cocinero.

Y, sin embargo, se dijo, por alguna parte se entraba al cuarto secreto, donde, en su opinión, habían escondido los secuestradores al dueño de la casa.

Nellie y las otras dos le contemplaban expectantemente.

—Es curioso —dijo—. No hay rastro de los otros sirvientes...

—Ni de Brobb —añadió el joven.

—¡Brobb! —exclamó él—. Es cierto lo había olvidado. Vamos, síganme todas.

—No nos separaríamos de usted ni por todo el oro del mundo —dijo Beryl.

Instantes más tarde, se hallaban en la habitación de Brobb.

—¡No está! —exclamó Daisy, decepcionada.

—Vayamos al despacho de Sgrudder —propuso Nellie.

—Tendremos que derribar la puerta —dijo Pecknill.

Dentro de la casa reinaba un silencio absoluto. Pecknill buscó la puerta del cuarto de trabajo de Sgrudder.

Estaba cerrada con llave. Hasta entonces, había respetado aquel obstáculo, pero después de lo ocurrido, ya no podía dudar.

La cerradura saltó de un puntapié. Abrió la puerta y encendió la luz.

—¡Tampoco hay nadie aquí! —dijo Daisy.

—¿Es que ese hombre se ha vuelto invisible? —exclamó Nellie, decepcionada.

Pecknill meditó unos instantes. Sentíase confuso y desconcertado. En alguna parte estaba la solución, pero no podía hallarla.

—Juraría que Brobb está metido en este asunto hasta el cuello —dijo de pronto.

—¿Cómo lo sabe, Dirk? —preguntó Nellie.

—Siempre que ocurría algo por la noche, aparecía dormido en su cuarto. Tenía el sueño muy profundo, le decía, pero en alguna ocasión se ha armado un estrépito más regular. Mentía, estoy seguro de ello. Es más, incluso apostaría algo a que era él quién se paseaba por ahí con la Mano de Fuego.

—Quizá haya puesto pies en polvorosa, viendo que el negocio se había estropeado —apuntó Beryl.

—No, no, insisto en que está en casa...

—Su dormitorio aparecía vacío —alegó Daisy.

—¡El dormitorio! —repitió Pecknill. De pronto, se volvió hacia Nellie—. Quiero que me conteste a una pregunta, por favor.

—Sí, Dirk. —Accedió la joven.

—¿Estaba Brobb en la casa cuando llegó usted?

—Sí, fue el primero en llegar. Por lo menos, llevaba ya aquí veinticuatro horas, según me dijo.

—Pero usted no podría afirmar que eso fuese cierto, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir, Dirk?

—Simplemente, es muy probable que llevase más tiempo en la casa.

—¿Por qué no se lo pregunta a Jerkins? —indicó Daisy.

—Antes quiero hacer otra cosa. Volvamos al dormitorio de Brobb.

Abandonaron el cuarto de trabajo y entraron por segunda vez en el lugar indicado.

—Sigue sin aparecer —dijo Nellie.

—Aún no hemos mirado en el cuarto de baño —sonrió el joven.

—Yo no quiero entrar ahí. Encontraremos un cadáver. —Se horrorizó Beryl.

Pecknill sonrió. Avanzó unos pasos y abrió la puerta del baño.

Beryl y Daisy contenían el aliento. Pecknill se volvió hacia ellas y dijo:

—No hay ningún cadáver.

—¿Y vamos a seguir encerrados aquí, hasta que a alguien se le ocurra abrir las puertas y las ventanas? —exclamó Nellie.

Pecknill no dijo nada. Giró de nuevo y entró en el cuarto de baño.

Nellie y las otras dos se asomaron y contemplaron las acciones del joven. Pecknill examinaba los menores detalles del suelo y las paredes.

Los muebles de la casa eran antiguos, pero el baño había sido construido con arreglo a los cánones actuales. De pronto, Pecknill se inclinó y examinó atentamente un sector de la pared, situado junto al armario de baño.

De pronto, agarró el lavabo con ambas manos y tiró hacia sí.

Los ojos de Nellie se dilataron. Empezaba a comprender.

Pecknill fracasó en su primer intentó. Luego hizo fuerza en sentido lateral.

Súbitamente, se oyó un fuerte chasquido. Todo el sector de la pared giró a un lado, dejando ver una negra abertura.

—¡Fantástico! —exclamó Daisy.

—¡Como en el cine! —dijo Beryl.

—Lo encuentro perfectamente lógico —manifestó Nellie.

Pecknill se asomó por la abertura. Había una escalera que se perdía en las profundidades del edificio, sin que, desde arriba, se pudiera ver su final.

—Bien, será cosa de ver qué hay allá abajo —dijo.

Y emprendió el descenso, seguido de cerca por las tres mujeres, que no querían separarse de él en ningún momento.

## CAPÍTULO XIV

Los pasos resonaban sordamente en la escalera. De repente, Beryl rompió a reír.

Era una risa histérica, convulsiva, incontenible. Nellie, asombrada, se volvió y la vio agitada por fuertes sacudidas, que agitaban su cuerpo de pies a cabeza.

—Pero ¿qué le pasa a esta loca? —exclamó, enojada.

Pecknill saltó hacia ella y la asestó un par de fuertes bofetadas. Beryl reaccionó y se puso a llorar.

—Lo siento... —dijo—. Han sido los nervios... Los tengo destrozados está temporada aquí acabará con mi salud mental...

—Todos estamos muy excitados, en efecto —reconoció el joven—. Le ruego me dispense, Beryl.

Ella sacudió la cabeza.

—No se preocupe —dijo—. Me parece que lo necesitaba.

Inspiró con fuerza y añadió:

—Creo que ya podemos seguir.

—Muy bien. Pero procuren todas mantener la serenidad.

La escalera terminaba en una puerta. Pecknill asió el pomo y lo hizo girar.

Un chorro de luz brotó de la habitación que había al otro lado de la puerta. Sentado ante un tablero de dibujo, un individuo, vestido con una bata blanca, trazaba líneas y rayas, con la ayuda de una regla.

Había otro hombre a su lado, quien al oír el ruido de la puerta, dijo:

—Está bien, Jerkins, deje la cena del profesor. Por ahora, no le necesitamos.

—Lo siento, señor Brobb. No soy Jerkins.

Hubo un momento de silencio. Brobb y el otro hombre levantaron la cabeza al mismo tiempo.

Los ojos de Brobb despidieron un chispazo de furia. Antes de que pudiera decir nada se oyeron unos chillidos femeninos.

—¡Jay!

—¡Cariño!

—¡Precioso, bonito!

—¡Amor mío!

Arrollándolo todo Daisy y Beryl penetraron en el cuarto y se arrojaron sobre Sgrudder, abrazándolo y besuqueándolo con verdadera efusión. Nellie no pudo por menos de contener una sonrisa al contemplar la escena. Sgrudder se puso en pie y empezó a acariciar y a pellizcar a las dos mujeres, a las que dirigía frases altamente subidas de color. De repente, Brobb, congestionado de ira gritó:

—¡Basta, basta ya!

Beryl se volvió hacia el individuo.

—Pero ¿qué es lo que sucede? —protestó.

—¿Acaso no podemos expresar nuestra alegría por haber encontrado a un viejo amigo? —exclamó Daisy, no menos enojada que la otra.

—El hombre que ha tenido secuestrado al amigo de ustedes dos se enoja ahora porque ustedes se sienten contentas de encontrarlo sano y salvo —dijo Pecknill.

Daisy se separó de Sgrudder y, con las manos en las caderas, se acercó a Brobb.

—De modo que usted...

—¡Cállese! —gritó el individuo descompuestamente.

—¡No me da la gana! Usted no manda aquí; ésta no es su casa y el único que tiene derecho a dar órdenes es mi amigo Jay.

—¡Bien dicho, Daisy! —exclamó Beryl.

Loco de furia, Brobb llevó la mano derecha al bolsillo de su chaqueta pero Daisy se le anticipó, propinándole una tremenda bofetada que le hizo trastabillar.

—¡Ayúdame, Beryl! —gritó.

Las dos mujeres, convertidas en unas furias se arrojaron sobre Brobb arañándole y golpeándole sin piedad. Brobb acabó por caer al suelo y entonces ellas le patearon con sus tacones hasta acabar con su voluntad de resistencia. El individuo quedó en el suelo, gimiendo sordamente, incapaz de reaccionar lleno de moraduras y

arañazos.

Pecknill se inclinó sobre él y le desposeyó de una pistola. Luego se encaró con el dueño de la casa.

—Señor Sgrudder, soy Pecknill, representante de la Hanksmill Mechanics, y estoy aquí para tratar con usted de la cesión de patentes de su nuevo circuito identificador miniaturizado.

—Soy Nellie Goddess, representante de la Western Computer, Inc. Nuestra oferta, señor Sgrudder, superará siempre en un veinte por ciento a la de cualquiera de nuestros competidores —dijo la joven con firme acento autoritario.

Hubo un momento de silencio. Sgrudder miraba alternativamente a Pecknill y a Nellie.

—De modo que pretenden comprarme los derechos de mi última patente —dijo.

—Exactamente —confirmó el joven.

—Así es —respondió Nellie.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Súbitamente, antes de que ninguno de los presentes pudiera decir nada, se oyó una voz amenazadora:

—Será mejor que levanten las manos o empezarán los tiros, amiguitos.

Pecknill miró por encima del hombro y vio a los tres supuestos robots que avanzaban hacia ellos, empuñando sendas pistolas.

—Se han cansado ya de la comedia, ¿eh? —dijo sardónicamente.

—Cierre el pico. —Gruñó Kenny con brutal acento—. ¿Qué le pasa? —preguntó, refiriéndose a Brobb, que continuaba caído en el suelo.

—Ha recibido el efusivo agradecimiento de dos mujeres, que le han felicitado a su modo, por haberles guardado al señor Sgrudder sano y salvo —contestó Pecknill sin abandonar su tono irónico.

—Thorples, ayúdale a levantarse —ordenó Kenny.

Sgrudder no parecía demasiado afectado por la situación. Gruñendo entre dientes, Brobb acabó por ponerse en pie.

—¿Y ahora? —dijo Pecknill—. ¿Nos arrojarán a los cuatro al pantano, como hicieron con los anteriores?

Brobb lanzó una maldición. Era evidente que se sentía muy incomodado.

—Jefe, eso es lo mejor —exclamó Kenny—. Los cuatro al

pantano y así nos libramos de compromisos.

—Aquí vendría alguien a investigar por qué no regreso a Londres —dijo Pecknill—. Y, por lo menos, la señorita Goddess está en el mismo caso.

—Así es —corroboró la aludida.

—Señor Sgrudder, ¿les hemos estropeado un buen negocio a estos tipos? —preguntó Pecknill.

Sgrudder sonrió divertidamente.

—Así parece, muchacho —contestó.

—Le tenían aquí encerrado, a fin de que trabajase para ellos, ¿no es cierto?

—Efectivamente, eso es lo que querían de mí.

—Pero podía suceder que alguien viniese a Highwatch Tower. Por tanto, si no se le encontraba, se podían producir situaciones embarazosas. Había que solucionar, pues, ese problema, por medio de unos supuestos robots, y de un falso Sgrudder, que murió cuando alguien advirtió que no era el auténtico. ¿O quizá pidió mayor participación en el negocio, Brobb?

El rostro del sujeto mencionado era una máscara de furia.

—Como sea —prosiguió Pecknill—, el falso Sgrudder ya había terminado su actuación. Y era preciso achacar el crimen a alguien, a una persona resentida con él, Thia Orcuphar, por ejemplo. Su cadáver, me imaginó, habría ido también a parar al pantano, ¿no es así, señor Brobb?

—¿Hasta cuándo vamos a tener que aguantar a este presumido? —gritó Thorples, furioso.

—Cállese —ordenó Sgrudder—. Lo que está diciendo ese muchacho es sumamente interesante. Siga, siga, se lo ruego.

—Gracias, profesor. Por cierto, en medio de todo, Brobb creía en las facultades adivinatoras de Thia, ya que fue a consultarle una noche. Ella, naturalmente, le dio las respuestas que esperaba: oro en abundancia, el cuerno de la fortuna y demás... Y aquella misma noche es cuando murió Burlin Eaton, aparentemente, por la maldición de la Mano de Fuego, pero en realidad, con el corazón perforado y por el único delito de conocer al señor Sgrudder.

—¿Cómo? ¿Eaton ha muerto? —exclamó Sgrudder.

—Sí, señor y, probablemente, fue a parar al pantano. Alguien, no sé quién, se entretenía de continuo en quitar o cambiar el poste

indicador. La señorita Goddess y yo estuvimos a punto de acabar en la ciénaga, tal vez porque nos consideraban peligrosos enemigos.

—Eaton ha muerto —repitió Sgrudder, pensativo...

—Su doble, profesor, cometió el error de mencionar a un tal sargento MacCaithane, quien debería venir a investigar la muerte de Eaton. Obvio es decir que ese sargento no ha existido jamás. Como tampoco MacTrugy fue nunca agente de policía, sino un simple miembro de la banda, al que se eliminó cuando se advirtió que podía resultar un peligro para los demás. Por cierto, ¿quién hizo el disparo que abatió a MacTrugy?

—Olvídese de eso. —Gruñó Kenny.

—Juraría que fue usted —sonrió Pecknill—. Pero ya vendrá alguien que investigará todo este asunto y enviará a un puñado de asesinos a la cárcel.

—Lo policía no sabe nada...

—¿Está usted seguro? Ocultaron los coches en alguna parte, con objeto de dar sensación de aislamiento total, pero no me cortaron los pies.

—¡De modo que ha ido a Naidlane!

—Sí, sin que nadie se enterase. Y allí sí que hay teléfonos, con los cuales establecer comunicación con alguien competente para intervenir en este turbio asunto. Pueden matarnos, si quieren, a los cuatro, pero ¿matarán también a Sgrudder, que es para ustedes la gallina de los huevos de oro?

Hubo un momento de silencio. Sgrudder meneaba la cabeza incesantemente.

—¡Pobre Eaton! —murmuró.

—¿Lo conocía usted? —preguntó Pecknill.

—Era uno de mis más fieles y competentes colaboradores junto con Ralph Mwird. Les llamé para que me ayudaran, pero ninguno de los dos ha venido.

—Yo escuché a Eaton mencionar a Mwird. Sospecho que éste ha muerto también. ¿Me equivoco, Brobb?

El sujeto no contestó. Kenny lanzó una imprecación:

—Está en el fondo del pantano, sí —barbotó—. No convenía que aquí hubiese demasiada gente...

Sgrudder se puso en pie.

—De modo que ustedes mataron a Eaton y a Mwird —dijo, con

los ojos despidiendo fuego.

—¡No se mueva, Sgrudder! —gritó Brobb.

Pero el científico, de repente, movió la mano izquierda y golpeó la pistola que Brobb tenía en la mano. El arma saltó por los aires.

—Matar a mis dos mejores colaboradores...

Hubo un momento de confusión. Kenny saltó hacia adelante, dispuesto a golpear con su pistola a Sgrudder, pero Pecknill le puso la zancadilla y el sujeto empezó a caer.

Su mano sufrió una contracción involuntaria. Sonó un disparo.

Brobb lanzó un agudo chillido y se desplomó de espaldas, con la frente atravesada por un proyectil. Thorples y Rupert, aturdidos por aquel inesperado desenlace, se quedaron durante unos momentos sin saber qué hacer, incapaces de reaccionar.

—Será mejor que tiren las armas —ordenó Pecknill.

Dos pistolas cayeron al suelo. Tendido sobre el pavimento Kenny, lanzando espumarajos de rabia, se arrastró en busca de un arma, pero Pecknill, esta vez sin contemplaciones, le asestó un tremendo puntapié en la mandíbula, dejándolo sin sentido.

—Habrá que buscar unas cuerdas para atar a esos sujetos, hasta que venga la policía —dijo el joven.

Minutos más tarde, salían al exterior. Nellie inspiró profundamente, para respirar el aire fresco de la noche.

—De modo que todo eso lo hicieron...

—Era una organización particular, dispuesta a quedarse con los últimos descubrimientos de Sgrudder, que podían haberles proporcionado millones. Hablando claro: espionaje industrial.

—Pero dispuestos a asesinar a cualquiera que se opusiera a sus proyectos.

—Y que le proporcionará un nuevo río de oro.

—Indudablemente —sonrió Pecknill.

—Pero usted y yo hemos fracasado. Sgrudder no quiere ceder su patente a nadie, quiere formar su propia sociedad. Lo que, por otra parte, encuentro perfectamente lógico —suspiró Nellie.

Pecknill sonrió sibilinamente, aunque ella no se dio cuenta del detalle. La joven volvió a suspirar y luego preguntó:

—Dirk, ¿por qué hacer real la Mano de Fuego?

—Bien, Brobb y sus amigos sabían que Sgrudder tendría invitados y no podían rechazarlos. Confiaban en el supuesto

fantasma, una antigua leyenda de la región, como hay muchas en todas partes.

—También confiaba en el pantano. —Se estremeció ella.

—Allí fueron a parar los cuerpos de quiénes les estorbaban. Creyeron que nosotros acabaríamos por asustarnos y que nos iríamos, pero no fue así. Y tanto Eaton como Mwrid hubieran reconocido inmediatamente la falsedad del doble de Sgrudder, aparte de que no querían que entrasen en el juego.

—Pero luego quisieron matarnos a nosotros.

—Quizá probaron su suerte, acaso sólo querían asustarnos, para que nos fuéramos de aquí. En todo caso, yo, por precaución, rompí el punzón de la Mano de Fuego, por si a Brobb se le ocurría ponérmela en el pecho. De sus quemaduras, hubiera podido curarme, pero no del pinchazo de aquel agujón de casi veinte centímetros.

Nellie recordó el chasquido que había oído en el torreón.

—Una buena precaución —alabó.

—No podía correr riesgos —sonrió él—. Y ahora, dígame, el pañuelo que encontré, ¿era suyo o no?

Nellie le dirigió una extraña sonrisa.

—¿Qué pasaría si dijera que sí, Dirk?

—Tendrías que explicarme por qué te colgaste de mi cuello y me besaste aquella noche —respondió él.

—¿Es que no has oído hablar nunca de impulsos irresistibles?

Pecknill pasó un brazo por los hombros de la joven y la atrajo hacia sí.

—También tienes que explicarme qué clase de trabajo desempeñabas en el

Rym's

—dijo—. Si mal no recuerdo, actuabas muy ligera de ropa.

—De modo que lo sabes, ¿eh?

—Así es. Alguien dejó unos recortes de periódico en mi dormitorio...

—Los tenía en mi equipaje. alguna de esas excoristas debió de registrarlo y los dejó en tu cuarto. Pero había un par de fotografías tomadas sin mi consentimiento, con una cámara oculta en mi camerino. Por eso planté al dueño del

Rym's.

—Y te dedicaste a los negocios.

—Tengo una hermana casada con un ejecutivo de la Western Computer. Mi cuñado me propuso la operación con la promesa de una buena comisión si conseguía el contrato. Acepté y...

—Y nos encontramos aquí.

—Así es, Dirk.

Dentro de la casa sonaron unas risas alborotadas. Una voz de hombre dijo un chiste de grueso calibre. Se oyeron más risas.

—Sgrudder lo está pasando en grande —dijo Nellie.

—Tendremos que ver la manera de atraerle al trabajo. Me ha ofrecido el puesto de ingeniero supervisor en su nueva compañía.

—Eso es estupendo, Dirk. ¿Aceptarás?

—Sí, después de haberme casado. Contigo, naturalmente, mujer fría y desdenosa.

Nellie le abrazó.

—Era sólo una *posse* —susurró a su oído—. Parezco de hielo, pero por dentro soy una llama viva.

Pecknill la besó y pudo comprobar que, efectivamente, Nellie no exageraba en absoluto.

FIN



# **SORTEO DEL MILLON**

## **PISO Y COCHE O UN MILLON**

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MÁGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLON DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

## **INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO**

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.





En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.





ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

|  |
|--|
|  |
|  |
|  |
|  |
|  |
|  |

CONSERVE ESTE RESGUARDO  
JUNTO CON LA NOVELA

## PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE .....

1.º APELLIDO .....

2.º APELLIDO .....

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL  
CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA  
el cupón para participar en el sorteo.

PUEDA ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CU-  
PONOS QUE REUNA. ENVIELOS ANTES DE LAS FECHAS  
DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUI



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE .....

1.º APELLIDO .....

2.º APELLIDO .....

Añote su dirección:

CALLE ..... N.º .....

POBLACION .....

PROVINCIA .....

NOVELA COMPRADA EN: .....

LIBRERIA O KIOSCO .....

CALLE ..... N.º .....

POBLACION .....

PROVINCIA .....

Si se trata de un kiosco añote la calle o plaza y el  
número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

|  |
|--|
|  |
|  |
|  |
|  |
|  |
|  |

Si es menor de 5 cifras ponga  
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA





# SORTEO DEL MILLON

## PISO Y COCHE O UN MILLON

**SOLO PARA ESPAÑA**

¡UN MAGNIFICO PI-  
SO Y UN MODERNO  
COCHE PUEDEN SER SUYOS!  
O SI LO PREFIERE

## ¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el  
cupón que, junto con las instrucciones y bases  
para tomar parte en este sensacional sorteo,  
hallará en las últimas páginas de todas las  
novelas que Editorial Bru-  
guera, S. A. publica en sus  
populares colecciones fe-  
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA  
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute  
de unas horas de grata lec-  
tura, envíe el cupón ... y



## ¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.**

